

# taboias

40 cts.  
2/89

- . Danza - teatro y postmodernismo
- . Cadiz 88 y Berliner Festtage
- . Reseñas de nuevos espectáculos



Vea pàg 44  
**Eppure si muove**

Revista **Tablas** 2/89 (abril - junio) Portada: **Eppure si muove**, del Ballet Teatro de La Habana, foto: Raúl Acosta. Reverso de portada: Cartel Music - hall de Leningrado. Contraportada: Jorge Cao, actor del Grupo Rita Montaner, foto: Tony López. Reverso de contraportada: Cartel XXI Congreso del ITI, diseño: Silvera.

Directora: Vivian Martínez Tabares. Editor: Armando Correa. Diseño y realización: Orlando S. Silvera. Distribución y venta: Oscar de Soto. Secretaria: Pilar Zamorano. Cada trabajo expresa la opinión de su autor. Redacción: Calle 6 No. 111, e/ 1ra. y 3ra., Miramar, Playa, Ciudad de La Habana, teléfono 29-3351. Impresa en el Combinado Poligráfico "Oswaldo Sánchez". Precio oficial en Cuba: 40 centavos.

## DANZA-TEATRO Y POSTMODERNISMO

Una disertación del teatrólogo francés Patrice Pavis sobre la escena postmoderna junto al artículo de Norbert Servos acerca del desarrollo de la danza-teatro arrojan luz sobre temas contemporáneos.

## DANCE-THEATRE AND POST-MODERN STAGE

A lecture of the French critic and essayist Patrice Pavis about post-modern stage, together with an article by Norbert Servos on the development of dance-theatre, shed light on contemporary themes.



## HOY TUVE UN SUEÑO FELIZ

Después de *La verdadera culpa* de Juan Clemente Zenea, Abilio Estévez entrega al lector en nuestro libretto No. 22 *Hoy tuve un sueño feliz*. En un solar habanero de la década del 30, una obra "paródica" donde parecen asomar situaciones y personajes de la dramaturgia de transición.

## I HAD A HAPPY DREAM TODAY

After *La verdadera culpa* de Juan Clemente Zenea, Abilio Estévez gives us our Script No. 22 *Hoy tuve un sueño feliz* (I had a happy dream today). It takes places in a slum in the Havana of the 30's; a parody full of situations and characters from a transitional dramaturgy.

## DE LA ESCENA INTERNACIONAL

El III Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz, la edición XXXII del Berliner Festtage, el encuentro "La Flor de septiembre" en Ecuador, y la presencia de Lindsay Kemp en Madrid conforman nuestro panorama del teatro internacional.

## FROM THE INTERNATIONAL STAGE

The Third Iberoamerican Theatre Festival at Cádiz; the 32nd Berliner Festtage; the meeting "Flower of September" in Ecuador and Lindsay Kemp's presence in Madrid make up our international theatrical panorama.



## LA DANZA EN EL TEATRO ¿ENCARNACION DEL ARTE DRAMATICO?

Norbert Servos

2

## ¿HACIA UNA PUESTA EN ESCENA POSTMODERNA?

Patrice Pavis

10

## TEATRO ESTUDIO EN ANGOLA: LA PALABRA VIVA

Andrés Mari

17

## TEATRO EN LA MITAD DEL MUNDO

Héctor Quintero

20

## JORGE CAO: DISFRAZARME, TRANSFORMARME, CAMBIARME

Gilda Santana

24

## BAJO EL SIGNO DE LA NOSTALGIA

Armando Correa

30

Libretto No. 22

## HOY TUVE UN SUEÑO FELIZ

Abilio Estévez

## CADIZ ¿BRUJULA O TESTIMONIO?

## EL MALOGRADO VIAJE DE KEMP A LAS MARAVILLAS

Rosa Ileana Boudet

33

37

## SEIS MOMENTOS DEL BERLINER FESTTAGE

Elsa Brugal

39

## EPPURE SI MUOVE: DE LA GESTICULACION AL GESTO

Pedro de la Hoz

## DANZA ABIERTA: RETO A LA VANGUARDIA

Raquel Mayedo

## SIMPATIA POR ANAQUILLE

Rigoberto Espinosa

## AL ENCUENTRO DEL GRITO

Lilium Vázquez

## EL HIJO: UNA NOTA UNA

REFLEXION

Atilio J. Caballero

## AL CORAZON DEL MUSIC-HALL

Frank Padrón Nodarse

44

48

52

55

57

59

## REVISTAS EN COEDICION

## TABLILLAS

62

64

# BAJO EL SIGNO DE LA NOSTALGIA

Armando Correa

"El pasado nos condiciona, nos agobia, nos chantajea..."  
Umberto Eco

En medio de una década que se agota, donde el tiempo se detiene en caminos transitados, evocar el pasado no es un juego teatral, ni un recurso estilístico, sino la esencia. En una época en que el estilo puede ser la falta de estilo y la cita una referencia a lo ya citado, la vocación por lo novedoso, el afán de originalidad parecen ser lugares comunes. Jugar con el lenguaje, revivir lo irracional desde lo racional, evitar significantes, mostrar, borrar las fronteras genéricas, se instauran como leyes sin reglas. La modernidad, se anuncia, ha llegado a su fin. El prefijo *post* marca los límites. "Anything goes" (todo es posible) es la marca registrada. Nada asombra, el escándalo de la vanguardia, las grandes rupturas, la innovación, están cubiertas por el velo de la nostalgia.

¿Podremos nosotros hablar entonces de post-moderno cuando aún el teatro en Cuba no ha ganado "la pelea por la modernidad"? La batalla se inició desde la década del 40 (1) y hoy estamos en una encrucijada. La escena nacional se debate en un agotamiento formal, una "inercia" establecida que frena el desarrollo lógico de propuestas diversas, hacia caminos diversos. El público y la crítica todavía pueden deslumbrarse y escandalizarse por la presencia de un desnudo o la asunción de técnicas grotowskianas, barbianas o de Artaud. *La cuarta pared* (1988), de Víctor Varela, surgía fuera de los circuitos profesionales, en la propia casa del autor, como respuesta a un teatro apagado, reducido al juego pasivo escenarioplatea, donde quedan fijadas de antemano las preguntas y las respuestas. *La cuarta pared* conmocionó al ambiente teatral, provocó discusiones violentas entre defensores y detractores y circuló a su vez bajo la aureola de lo prohibido. No obstante *La cuarta pared*, fuera de de contexto, podría resultar una cita sin comillas del *happening* de los 60, donde se intercala a Grotowski, Foreman o Kantor.

Y es que vivimos en un ambiente de recontextualización, donde el pasado y el presente se mezclan, intercalan e indefinen. Nuestra capacidad de ubicación contextual, nos imprime un sello que, traspulado resulta una *actitud* ante las distancias fijadas, una integración abarcadora que nos caracteriza. Es por eso que un amigo, profesor de la Universidad de New York, ante un *show* de Tropicana me comentó que este podría ser el gran espectáculo postmoderno para el final de la década.

La detención del tiempo, la ausencia de evolución que marca al hecho artístico ha condicionado al espectador. El repertorio de algunos teatros en la capital, hasta la misma puesta en escena, pueden recordar, como señalara un crítico, al Patronato del Teatro de los años 40, "La más burguesa de nuestras instituciones" (2). ¿Involución o estancamiento? ¿Falta de creatividad o exceso de institucionalización? ¿Bloqueo cultural o necesidad de confrontación?

El texto dramático ha transitado por las mismas coordenadas. Si con la aparición del Teatro Nuevo se enriqueció al dinamitarse las estructuras establecidas, al convertirse el autor en *participante*, hoy esas obras han devenido piezas museables. La creación colectiva fijó nuevos estratos para el texto, pero sin violentar esquemas, ni situaciones. Mientras en la escena mundial se vive un *resurgimiento* de la palabra, nosotros no hemos dejado de permanecer bajo su dictadura y formato más convencionales.

Carlos Felipe, Virgilio Piñera y Rolando Ferrer constituyeron la vanguardia dramática entre el 40 y el 60. Hoy han devenido tradición. Es la herencia más sólida y difícil de superar que han recibido los nuevos autores. Si Abelardo Estorino es el principal continuador de esa tradición, Abilio Estévez resulta el heredero de la nueva generación de autores que tiende los lazos más directos con la dramaturgia de transición.

1 Rine Leal. *Breve historia del teatro cubano*. La Habana. Editorial Letras Cubanas. 1980.

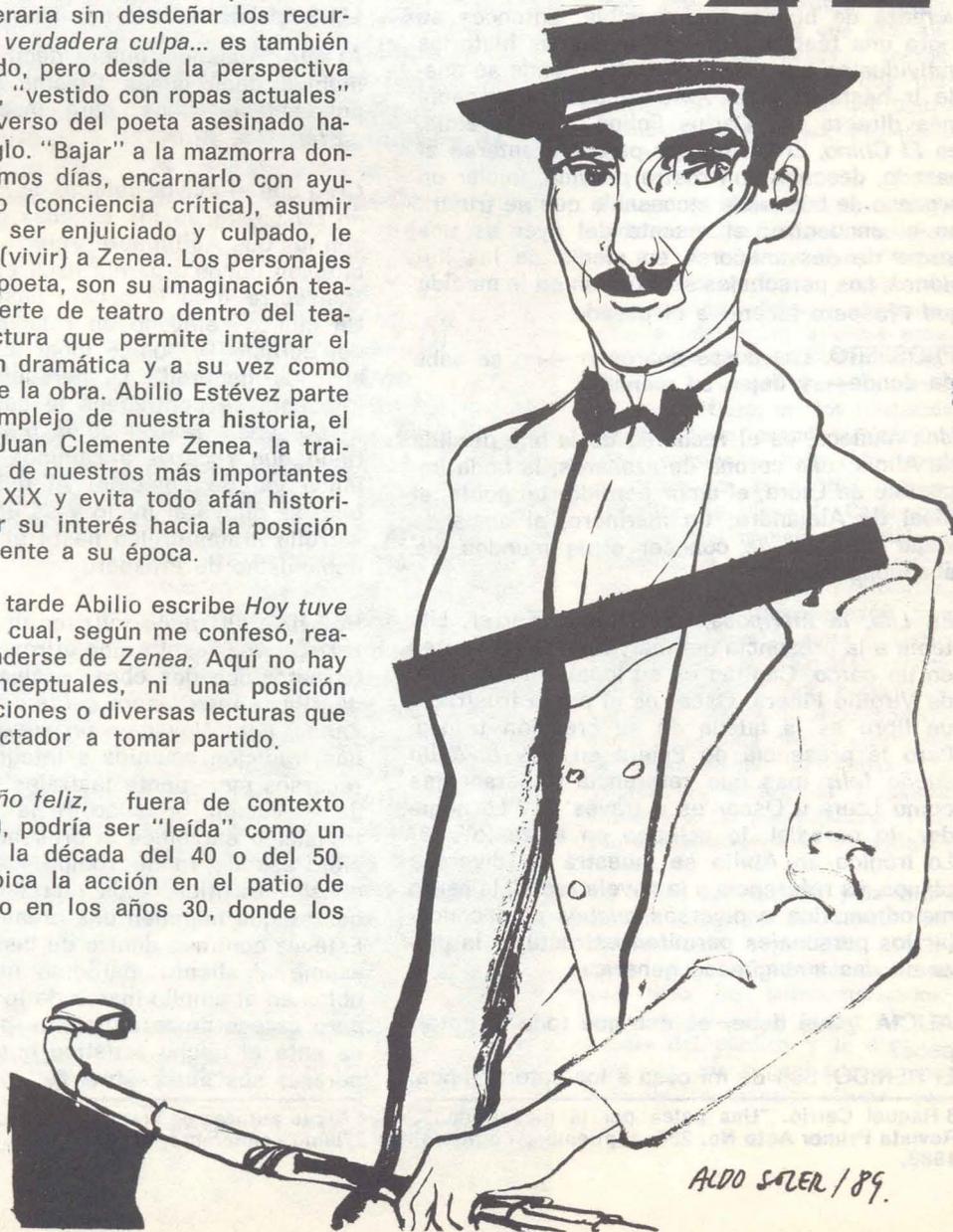
2 Rine Leal. *Op. cit.*

*Hoy tuve un sueño feliz*, el último texto de Estévez, recrea personajes, situaciones y asume un lenguaje cercano a la obra de Felipe, Piñera y Ferrer. ¿Homenaje? ¿Recontextualización? ¿Estancamiento? No creo que aquí el autor haya asumido una perspectiva deliberadamente crítica. El resultado apunta hacia una nueva contextualización en la medida que teje mundos imaginarios como una deuda con el pasado, nostálgica, pero sin las costuras necesarias para que el "lector" ubique, separe y defina las proposiciones, en muchas ocasiones ambiguas por parte del autor.

Con *La verdadera culpa* de Juan Clemente Zenea, Abilio Estévez se dió a conocer como dramaturgo. Su primera pieza obtenía el premio UNEAC, la estrenaba Teatro Estudio y era publicada por la revista *Conjunto*. Poeta y narrador, Abilio se descubría en un texto donde la palabra era sostén de la imagen teatral y viceversa. Aquí el autor se apoya en el lenguaje verbal donde articula versos de Zenea y su propia poesía. Su creación busca la perfección en la factura literaria sin desdeñar los recursos teatrales. *La verdadera culpa...* es también un viaje al pasado, pero desde la perspectiva de hoy. Un joven, "vestido con ropas actuales" indaga en el universo del poeta asesinado hace más de un siglo. "Bajar" a la mazmorra donde vivió los últimos días, encarnarlo con ayuda del carcelero (conciencia crítica), asumir sus "atributos", ser enjuiciado y culpado, le permite conocer (vivir) a Zenea. Los personajes conviven con el poeta, son su imaginación teatralizada, una suerte de teatro dentro del teatro, como estructura que permite integrar el texto a la acción dramática y a su vez como esencia misma de la obra. Abilio Estévez parte de un suceso complejo de nuestra historia, el fusilamiento de Juan Clemente Zenea, la traición o no de uno de nuestros más importantes poetas del siglo XIX y evita todo afán historicista, para dirigir su interés hacia la posición del intelectual frente a su época.

Cuatro años más tarde Abilio escribe *Hoy tuve un sueño feliz* la cual, según me confesó, realizó para desprenderse de *Zenea*. Aquí no hay pretensiones conceptuales, ni una posición crítica ante situaciones o diversas lecturas que obliguen al espectador a tomar partido.

*Hoy tuve un sueño feliz*, fuera de contexto (vuelvo a repetir), podría ser "leída" como un texto escrito en la década del 40 o del 50. Abilio Estévez ubica la acción en el patio de un solar habanero en los años 30, donde los



vecinos deben abandonar el edificio que va a ser demolido. Próspero, "un mago de pacotilla", comienza a descubrir el pasado de los habitantes del lugar, en un juego de aparecidos y desaparecidos, donde se crean zonas espacio-temporales diversas y que los personajes asumen orgánicamente. Es un diálogo con el pasado, desde el pasado, donde el tiempo se indefinice a través de transparencias y alucinaciones.

Próspero utiliza una muñeca, un collar de brillantes, una corona de azahares, un pañuelo o un libro de poemas para revivir el pasado. La historia de los habitantes del solar se va descubriendo desde el arcón de Próspero, espacio desconocido y atemporal. De ahí pueden salir un poeta, una marquesa viuda, un cadáver, una mujer de mundo, un marinero, el enmascarado o el herido, para entrelazarse con los personajes "reales" de la historia, quienes reconstruyen un universo como deuda, como última esperanza de buscar lo imposible. Entonces se logra una teatralización de pequeñas historias individuales a la vista de todos, donde se puede ir hasta el siglo XIX. He aquí la cercanía más directa con Carlos Felipe. Como Palma, en *El Chino*, crean un *set* para enfrentarse al pasado, descubrir un rostro perdido, iniciar un proceso de búsqueda incansable que se frustra en el encuentro; el rescate del ayer es una forma de desvanecerse en medio de las ilusiones. Los personajes se frustran en la medida que Próspero incentiva el pasado.

PROSPERO. Las cosas aparecen —no se sabe de donde— y dejan su mensaje.

Una muñeca, es el recuerdo de la hija perdida de Alicia; una corona de azahares, la boda imposible de Laura, el amor perdido; un poeta, el ideal de Alejandro; un marinero, el ansia de viajar de Luis, de conocer otros mundos, de abandonarlo todo.

En *Lila, la mariposa*, de Rolando Ferrer, Lila teme a la presencia del mar; Marino ansia irse en un barco, Capitán es su ideal. En *Aire frío*, de Virgilio Piñera, Oscar es el poeta frustrado, un libro es la huella de su creación trunca. Pero la presencia de Piñera en *Hoy tuve un sueño feliz* más que referencia a personajes como Laura u Oscar es a través de "Lo negador, lo parodial, lo eclético en el texto". (3) Lo irónico en Abilio se muestra en diversos planos. La referencia a la novela radial, la carga melodramática o diversos *clichés* para concebir los personajes permiten estructurar la pieza en una ambigüedad genérica.

ALICIA. ¿Qué deber es ése que todo lo entorpece?

32 EL HERIDO. Salí de mi casa a los catorce años.

3 Raquel Carrió. "Una pelea por la modernidad". Revista *Primer Acto* No. 255, septiembre - octubre, 1988.

Me fui a la manigua, me alcé. Sólo tenía un machete, pero era suficiente.

Ahora lucho contra el tirano. Cuando logremos la victoria, me iré a España, me pondré al lado de la República.

Aquí radica el mayor logro de la obra, en el acento crítico que alcanza el autor en algunas escenas, una burla mordaz presente en la acción. Estévez juega con la realidad y la ficción (personajes aparecidos) y finaliza cada historia con frases definitivas de Próspero, ilusionista y al mismo tiempo conciencia crítica. Próspero establece el juego paródico.

El autor integra elementos del *kistch* a través de las relaciones amorosas, familiares y en escenas costumbristas que aparecen como cita de los habituales solares de la literatura dramática contemporánea. Abilio juega con el espectador sin transiciones ni rupturas.

LUIS. En la distancia nos amaremos más.

ALICIA. Ausencia quiere decir olvido, decir tinieblas, decir jamás. Déjame sola. Ya que no puedo tener hijos, seré maestra de *kinder-garten*.

Creo que el mayor defecto de *Hoy tuve un sueño feliz* está en las escenas de los amantes, con las que Abilio abre y cierra la obra. Una habitación donde la pareja hace el amor mientras transcurre toda la acción hasta el amanecer. Un cuarto "elevado en relación con el resto del edificio" y "único lugar aún intacto ajeno al caos general". La perspectiva metafórica impuesta se contrapone al estilo dramático y a la esencia teatral de la pieza. Esta vez no tiene que recurrir a caminos trillados, como única vía de solución. Al mismo tiempo, la obra se diluye al inicio y se empobrece el desarrollo dramático hasta el primer acto de ilusionismo de Próspero.

*Hoy tuve un sueño feliz*, es un texto de madurez. Tal vez resulte una afirmación irrisoria en un autor con dos obras exclusivamente y una de ellas *La verdadera culpa de Juan Clemente Zenea*. Pero *Hoy tuve un sueño feliz* parte de una tradición asumida e integrada a partir de recursos meramente teatrales y en un proceso de selección orgánico. Si la dramaturgia de transición "establece la presencia de una tradición: asimila, funde, rompe, niega, afirma, ridiculiza, mitifica, toda una larga relación de gestos que imponen una presencia", (4) Abilio Estévez continúa dentro de las líneas trazadas, asume el aliento paródico necesario que lo ubica en el amplio marco de lo contemporáneo, pero carece de la suficiente perspectiva crítica ante el hecho artístico que le permita superar a sus antecesores.

4 "Tres autores de transición". Revista *Tablas* No. 2, junio - diciembre, 1982.

# tablas

Libreto No.22

---



---

**HOY TUVE UN SUEÑO FELIZ**  
**de ABILIO ESTEVEZ**

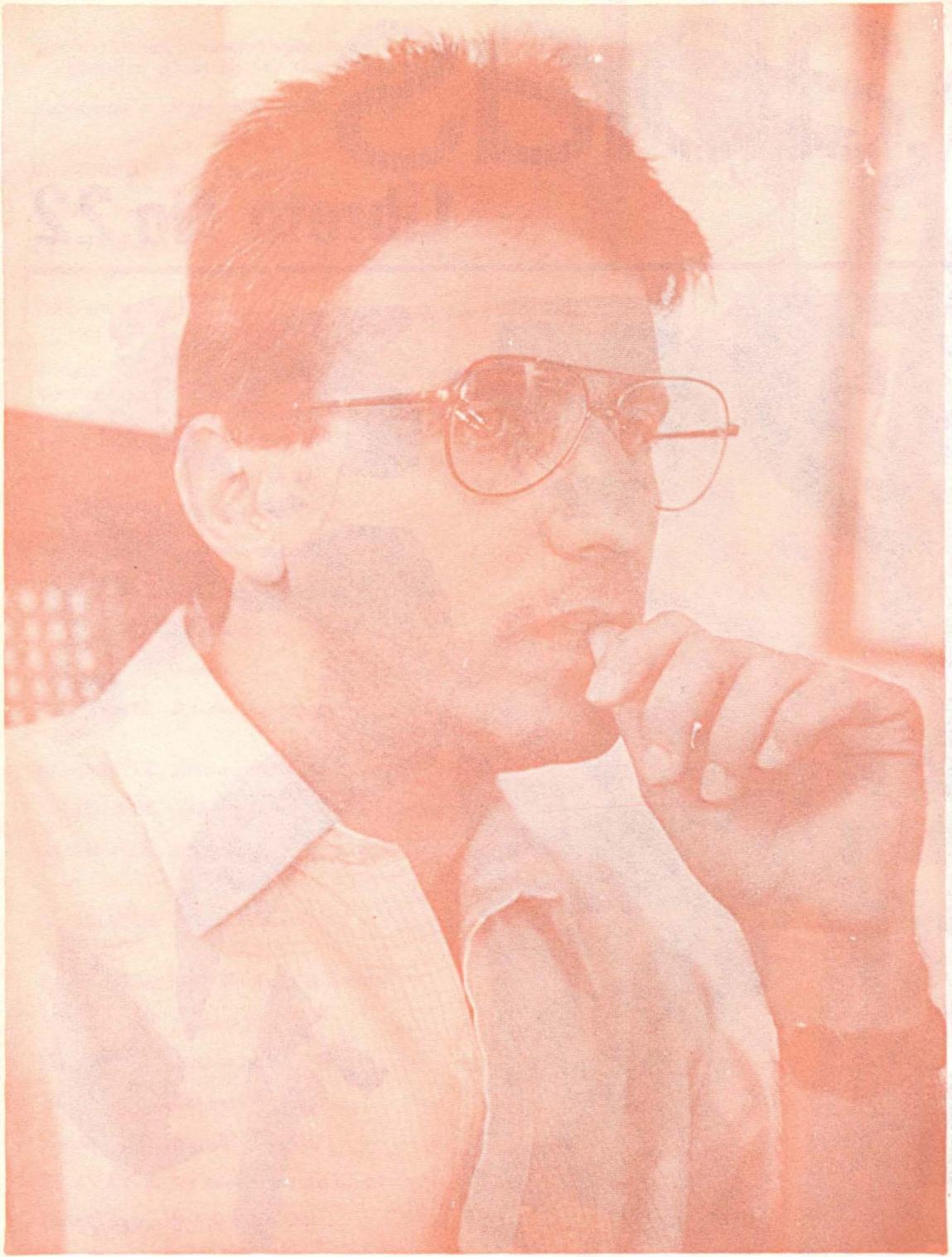


foto: O. Silveira

**ABILIO ESTEVEZ** (La Habana, 7 de enero de 1954) Poeta, narrador y dramaturgo. Licenciado en Filología en la Universidad de La Habana. Obtuvo el Premio "José Antonio Ramos" de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba en 1984 con su obra teatral *La verdadera culpa* de Juan Clemente Zenea. Recibió el Premio de Poesía "Luis Cernuda" en 1987 con *Manual de las tentaciones*, actualmente en proceso de edición. Ha publicado además el libro de cuentos *Juego con Gloria*, en 1987, y ha colaborado con reseñas críticas, artículos y entrevistas sobre temas artísticos en *Granma*, *La Gaceta de Cuba*, *El Caimán Barbudo*, *Revolución y Cultura* y *Tablas*. Actualmente trabaja como Lector (Profesor auxiliar) en la Universidad de Sassari, en Cerdeña, Italia.

## PERSONAJES:

**EL AMANTE.** Un joven.

**LA AMANTE.** Una joven.

**PROSPERO.** Hombre de mediana edad y aspecto anticuado.

**MARINA.** Anciana jorobada y con el labio leporino.

**LAURA.** Solterona de cuarenta años. Sobrina de Marina.

**ALEJANDRO.** Solterón de treinta. Hermano de Laura.

**OLGA.** No vieja, hermosa y ridícula. Esposa de Cheo.

**CHEO.** Cubano de los que podrían considerarse típicos. Esposo de Olga.

**LUIS.** Joven que no carece de ingenuidad. Esposo de Alicia.

**ALICIA.** Ingenua que no carece de juventud. Esposa de Luis.

**CARLOS.** Hermano de Alicia. Muy joven, muy hermoso.

**GARCIA.** Un anciano. Padre de Carlos y Alicia.

**JOSE CONRADO.** Marino de edad incalculable.

**EL HERIDO.** Casi adolescente.

**EL ENMASCARADO.** Hombre con máscara.

**LA MARQUESA VIUDA DE CAMPO FLORIDO.** Viuda y marquesa.

**EL POETA.** Dandy. Belleza y juventud, por supuesto.

**CARMEN.** Es una muerta, pero es hermosa. Hermana de la jorobada.

**GRAZIELLA MONTALVO.** Cubana de las que podrían considerarse típicas.

**EL CADAVER.**

**EUGENIA Y MARIA LUISA.** Dos negras con nombres de emperatrices.

**CUATRO NEGROS.**

## PIEZA EN DOS ACTOS

Patio de un solar habanero convertido en laberinto de muebles, baúles, cuadros de imágenes oscurecidas, libros, jarrones con flores artificiales, espejos, palanganas, trajes antiguos y modernos, calderos, objetos irreconocibles... Es el desorden, evidentemente transitorio, que provoca toda mudada. La confusión permite descubrir, a primera vista, que las personas que habitan el solar están a punto de abandonarlo. Marina, Laura, Alejandro, Alicia, Carlos, García, Luis, Cheo, Olga y Próspero ordenan y guardan sus pertenencias en cajas, maletas y baúles. El único lugar aún intacto, ajeno al caos general, es el cuarto de El Amante, elevado en relación con el resto del edificio y al que se sube por una escalera de caracol. Hay allí una gran cama con mosquitero de tul. Frente a ella están los amantes. Es una noche de 193...

## PRIMER ACTO

El Amante trata de llevar a La Amante hacia la cama. Ella se resiste.

EL AMANTE. ¡Vamos!

LA AMANTE. No quiero.

EL AMANTE. ¿Por qué?

LA AMANTE. Vine a ayudarte a recoger tus cosas.

EL AMANTE. Hay tiempo. Ven.

LA AMANTE. Te dije que no. Déjame.

EL AMANTE. ¿No me quieres?

LA AMANTE. Para ti sólo hay dos preguntas: «¿Me quieres?», «¿No me quieres?».

EL AMANTE. No entiendo.

LA AMANTE. Perdóname. Es difícil.

EL AMANTE. Al contrario. Es sencillísimo. Si yo te quiero y tú me quieres, ahí está mi cama esperando por los dos. ¿Ves que simple?

LA AMANTE. Tengo miedo.

EL AMANTE. (Sorprendido) No me digas que...

LA AMANTE. No. No es pudor. Odio la falsedad.

EL AMANTE. Si no es pudor...

LA AMANTE. No vas a entenderme. (Ríe) ¿Estaré enloqueciendo?

EL AMANTE. De ti me gusta hasta la locura.

LA AMANTE. Si tú supieras... Casi todas las noches sueño contigo.

EL AMANTE. Yo también contigo.

LA AMANTE. ¿Cómo dicen los psicólogos? Un sueño recurrente.

EL AMANTE. Cuéntame el sueño.

LA AMANTE. (Tímida e insinuante a la vez) ¡Me da pena!

(Poco a poco comienzan a desvestirse el uno al otro.)

EL AMANTE. Con tu timidez hago un traje transparente. Lucirás preciosa.

LA AMANTE. En cuanto me quedo dormida, te aparecen. Llegas, estás ahí, tan cerca y tan vivo que pareces de verdad. Vienes desnudo, completamente desnudo, te acuestas a mi lado. Pongo mi mano en tu pecho. Te inclinas y me besas. Sé que estoy soñando, pero siento la presión de tus labios en los míos como si de verdad estuvieras. También siento tus manos recorriendo mi cuerpo. El calor de tu cuerpo...

EL AMANTE. Cuando tú sueñas conmigo, al mismo tiempo estoy yo soñando contigo. Voy hasta tu cama. Me acuesto a tu lado. Tú pones la mano en mi pecho, me inclino y te beso. Sabes que estás soñando. Yo también lo sé. Dime: ¿no sería mejor que el sueño se convirtiera en realidad?

LA AMANTE. Tengo miedo.

EL AMANTE. La realidad es mejor, este cuerpo —mi cuerpo de verdad— ¿no te parece mejor que el otro que tú imaginas?

LA AMANTE. Tengo miedo.

EL AMANTE. Comprende: nada puede sustituirnos.

LA AMANTE. ¿Y si me defraudas?

EL AMANTE. Ven. No tengas miedo. Confía.

LA AMANTE. Quiero que todo sea hermoso.

EL AMANTE. Confía.

LA AMANTE. Quiero que todo sea hermoso.

EL AMANTE. Confía.

LA AMANTE. Quiero que todo sea perfecto.

(Están desnudos. Se acuestan.)

OLGA. (Sacando un abrigo de pieles de algún baúl) ¡Miren lo que encontré!

ALICIA. ¡Qué preciosidad! (Va donde Olga. Se pone el abrigo) ¡Qué maravilla pasearse con esto por El Prado, por la Acera del Louvre!

CHEO. ¡No se entretengan! No acabaremos nunca.

MARINA. A mí no me gusta mudarme. ¡Encuentro tantas cosas antiguas, olvidadas...! ¡Tantos recuerdos...! Yo quisiera padecer de amnesia.

LAURA. ¡Me encanta mudarme! El cambio me fascina.

OLGA. A mí, no. Pienso: mañana o pasado este edificio será demolido, será polvo, y se me hace un nudo aquí.

GARCIA. No te preocupes, Olga, donde quiera vamos a estar igual.

ALEJANDRO. No. Casa nueva, vida nueva.

CARLOS. Respeta, Alejandro, tu tía Marina se ha mudado sesenta veces para sesenta solares distintos.

MARINA. ¡Qué va, precioso, yo nací en cuna de oro! He vivido donde tú no soñarías.

LUIS. Ahora lo importante es que tenemos que irnos. Este edificio se derrumba. Océpanse en recoger.

PROSPERO. (Gritando. En off) ¡Ayúdenme!

(Alejandro y Carlos acuden, lo ayudan a traer un arca enorme que depositan en medio del escenario.)

ALEJANDRO. (A Próspero) ¿Aquí te parece bien?

PROSPERO. Déjlo ahí.

ALICIA. Ese arcón tan antiguo, ¿de quién es?

PROSPERO. Mío.

OLGA. ¡Qué grande! ¿Puede abrirlo?

PROSPERO. No.

CHEO. Olga, mi amor, no seas indiscreta.

GARCIA. Cada cual tiene sus secretos.

PROSPERO. (A Olga) ¿Conoces la historia de Pandora?

OLGA. ¿Aquella de la caja con las desgracias?

PROSPERO. La misma. Es mejor no abrir ese arcón.

LAURA. (A Próspero) Me intriga.

MARINA. ¿Ese arcón es de Pandora?

PROSPERO. (Dándose importancia) Quizá.

ALICIA. No te hagas el misterioso

PROSPERO. Siempre he sido misterioso.

CARLOS. No sabíamos que tenías ese arcón.

PROSPERO. Ustedes no lo saben todo.

LAURA. (A Próspero) ¡Te gusta hacerte el oscuro!

CHEO. Déjlo con su oscuridad y recojan.

GARCIA. Mañana tenemos que mudarnos.

OLGA. Quiero saber qué hay ahí. (Señala el arcón)

PROSPERO. Yo no me preocupo por tus cajas. Por el bien de todos, dejen el arcón cerrado.

(Sin que Próspero se dé cuenta, Carlos abre el arcón. Saca un sombrero de copa, un bastón y una capa.)

ALEJANDRO. ¿Qué puede pasarnos?

PROSPERO. (Solemne) Cosas terribles.

ALICIA. No seas malo, abre el arcón.

MARINA. ¿No podrías ser complaciente una vez en tu vida?

PROSPERO. Luego me lo reprocharán.

LUIS. La curiosidad es un vicio.

PROSPERO. Los vicios acaban con el hombre. Yo no voy a revelar mis secretos.

CARLOS. ¡Miren!

(Todos se vuelven. Ven a Carlos con la capa, el sombrero y el bastón.)

LAURA. ¡Un mago!

(Próspero va muy airado donde Carlos. Este se deshace de los objetos lanzándolos a otros. Juegan con Próspero. Laura logra reunir las prendas y viste con ellas a Próspero que permanece serio y solemne.)

ALICIA. (A Próspero) Te ves muy bien.

MARINA. Pareces un mago legítimo.

OLGA. ¡Un mago como los del Teatro Payret!

PROSPERO. (Con aire de derrota) ¡Ya lo saben! No soy Próspero. Soy el Mago Próspero.

(Todos aplauden divertidos.)

ALICIA. ¡Maravillosos! Tantos años conviviendo con la magia, ¡y sin saberlo!

MARINA. Has guardado demasiado tu secreto, Próspero.

OLGA. ¿Cómo pudiste guardarlo tantos años?

LUIS. ¡Una exageración!

PROSPERO. (Evasivo) Hay cosas que es mejor esconderlas.

GARCIA. (A Próspero) Te entiendo. En el fondo la vida... (No sabe qué decir y se encoge de hombros.)

CARLOS. La vida es un papel en blanco en el que cada cual imagina su propio dibujo.

ALEJANDRO. ¿Quién dijo eso?

MARINA. Vargas Vila.

CARLOS. No.

OLGA. Verso de un danzonete de Cheo Belén Puig.

LUIS. (A Próspero) El bastón, ¿es mágico?

CHEO. Si es mágico, avísame: te propongo un negocio.

PROSPERO. (Entrando en el juego) ¿Alguien desea algo?

GARCIA. Yo. Comienza por mí. Conviérteme en un joven apuesto.

(Próspero toca a García con el bastón. Los demás aplauden.)

ALEJANDRO. (Con burla) ¡Miren! ¡Obró el milagro!

LUIS. Querido suegro, ya es un joven precioso.

GARCIA. (A Próspero) Gracias, compadre, me has quitado cincuenta años de la espalda.

MARINA. (A Próspero) Ay, a mí, mijito, por el amor de Dios, quitame este dolor permanente de los pies.

PROSPERO. Con gusto. (Toca los pies de Marina con el bastón.)

MARINA. ¡Eres un santo! (Baila) Mira, puedo bailar «El mago de las teclas» con el mismísimo Antonio María Romeu.

PROSPERO. ¿Alguien más necesita mi magia?

LAURA. Yo. Quiero una sortija de rubíes.

ALEJANDRO. Y yo. Estar en un bosque, en otoño, encontrarme con Gloria Swanson y que, por supuesto, se enamore de mí.

LUIS. Yo quiero ser presidente de la República.

ALICIA. (A Luis) Tú siempre tan corrompido, cariño. (A Próspero) A mí, compláceme con un Ford último modelo.

CARLOS. Ya que tengo que irme de este edificio, una casa en El Vedado, un palacio bien grande.

OLGA. Y yo un vestido de organdí finísimo que vi en una tienda de Muralla.

CHEO. Y yo, maestro, una botella de aguardiente.

PROSPERO. Todo se logra con la magia del bastón.

(Próspero se quita el sombrero y la capa. Se dispone a guardarlo en el arcón.)

ALICIA. ¿Qué vas a hacer?

PROSPERO. No te olvides: mañana tenemos que mudarnos.

OLGA. Si eres verdaderamente un mago, demuéstralo.

PROSPERO. No me interesa.

ALEJANDRO. No le hagan caso. Fue un mago de pacotilla.

CHEO. Sí, uno de esos a los que se les caen las barajas y se les ahogan los conejos en el sombrero.

PROSPERO. Sí. Es probable.

GARCIA. Yo una vez vi un mago... (No sabe qué decir y se encoge de hombros.)

MARINA. (A Próspero) No te preocupes. Todo es un fracaso.

LUIS. ¿Fuiste mago en algún lugar?

PROSPERO. En un circo.

CHEO. Y te botaron.

ALICIA. Y la gente te gritaba horrores.

CARLOS. Te tiraban tomates.

ALEJANDRO. ¿De ensalada o de cocina?

PROSPERO. (Nostálgico) Por favor, déjeme tranquilo.

OLGA. No. Te hemos descubierto. Ahora tienes que demostrar.

(Alicia va al arcón, lo abre rápidamente. Extrae un cofre.)

ALICIA. Señores, un mago elegante. Posee un cofre encantado.

PROSPERO. (Nostálgico aún) Uno de los números en que trabajé mucho tiempo.

ALICIA. ¿Cómo era?

PROSPERO. ¿Por qué te interesa?

ALICIA. Lo oculto me emociona.

PROSPERO. Ya lo sabes: un fracaso.

ALICIA. ¿En qué consistía?

PROSPERO. Nunca funcionó. Se suponía que en el cofre aparecieran objetos personales del público, algo que cada cual quisiera encontrar.

ALICIA. ¿Y nunca tuviste éxito?

(Próspero hace un gesto vago. No quiere hablar.)

ALICIA. ¡Prueba conmigo!

PROSPERO. Eres una joven ingenua.

(Hay un instante de silencio. Próspero vuelve a colocarse la capa y el sombrero. Saca un mazo de cartas y las baraja con habilidad suma. Su expresión adquiere malignidad. Se quita el sombrero. En su cabeza aparece un conejo. Toma el conejo por las orejas y se lo tiende a Marina.)

PROSPERO. (A Alicia) ¿Quieres otra prueba?

(Con gran ceremonia, toma el cofre de manos de Alicia. Lo abre para demostrar que está vacío.)

PROSPERO. (A Alicia) Pon tus manos sobre él.

(Alicia pone sus manos sobre el cofre.)

PROSPERO. Ahora verán un hecho insólito.

(Ceremonioso, Próspero abre el cofre y muestra a García su interior. García saca del cofre una muñeca.

Todos se miran sorprendidos. García tiende la muñeca a Alicia. Ella la toma con espanto. Comienza a llorar.)

OLGA. (A Próspero. Con ingenuidad) ¡Está llorando!

LUIS. (Sin saber qué hacer) ¡Alicia...!

LAURA. Alicia, no te pongas así. Es una muñeca inofensiva.

LUIS. (Acariciándola) Alicia, por favor, mírame.

ALICIA. (A Luis. Con odio) ¡Déjame!

LUIS. ¡Mi amor!

PROSPERO. (Burlón) No la llares así.

LUIS. (A Próspero) No entiendo. ¿Qué le pasa?

PROSPERO. Sufre.

LUIS. ¿Por qué?

PROSPERO. Tú lo sabes.

LUIS. (Con cierta agresividad) ¿Qué le hiciste?

PROSPERO. Mejor pregúntate a ti mismo.

LUIS. (A Alicia) ¿Por qué lloras?

ALICIA. (Que ha dejado de llorar) Pienso en todo lo que me falta.

LUIS. Nada te falta. Lo tienes todo. Te lo he dado todo.

ALICIA. ¿A qué llamas todo?

LUIS. Casa, ropa, comida, cariño. ¿Dudas de mi cariño?

ALICIA. (Vehemente) Déjate de frases.

LUIS. No son frases, te he dado muestras de él.

ALICIA. Ustedes los hombres lo resuelven fácil. Le abren a una las piernas tres o cuatro noches cada semana, y jese es el cariño!

LUIS. Una mujer es dichosa cuando complace al marido.

ALICIA. Una mujer es dichosa cuando se siente complacida.

LUIS. Te he complacido siempre.

ALICIA. Estoy sola. Me siento sola. Tú eres alguien que me calienta por dentro y luego me deja más fría que un témpano de hielo.

LUIS. En la cama no puede haber mujer más feliz.

ALICIA. Y después, cuando te duermes, no puede haber otra más infeliz.

LUIS. Te hago gritar, te dejo exhausta.

ALICIA. Exhausta quiere decir un deseo enorme de arrojarse porque estoy temblando de frío.

PROSPERO. Nada más triste que la madrugada de La Habana. Las campanadas de las iglesias. Los barcos que pasan en la alta noche por la azul epidermis de los mares... ¡Qué triste!

ALICIA. ¿Para qué quiero que alguien me llene por dentro, si luego me van a vaciar?

LUIS. ¡Vuelves con la misma historia!

PROSPERO. Es su historia. Su vida. La repetirá hasta que el tiempo la consuma.

ALICIA. La repito y la repetiré. Soy una mujer. Ahora mi hija tendría tres años.

LUIS. Era una imprudencia.

ALICIA. Fue un asesinato.

LUIS. No seas trágica.

ALICIA. No seas cínico.

LUIS. Todo lo tomas a la tremenda.

ALICIA. Todo lo tomas a la ligera. (A Próspero) Desaparece esta muñeca. Era para mi niña y mi niña desapareció. La mataron.

LUIS. ¡Te prohíbo que digas eso!

ALICIA. ¡Siempre prohibiendo!

LUIS. Nadie mató a nadie.

ALICIA. Asesinato, sí, aunque te duela. A-se-si-na-to.

PROSPERO. ¿Cómo llamarle si no?

ALICIA. Ya era una niña cuando la comadrona esa me la sacó...

LUIS. Te la sacaron con tu consentimiento.

ALICIA. ¡Mentira!

PROSPERO. Ella no sabía adónde iba.

LUIS. Te expliqué que ganábamos muy poco, que con lo que teníamos...

ALICIA. (Interrumpiéndolo) ¡No es justificación! Yo me hubiera muerto de hambre con gusto.

PROSPERO. La niña hubiera vivido como una reina.

LUIS. Trata de olvidar.

ALICIA. Cuando me confunda con la tierra. (Pausa breve) Yo quería una niña para peinarle los bucles, vestirla con baticas de hilo, con cintas, con lazos, enseñarle a ser una dama como yo. Tocar el piano y aprender inglés... (Pausa breve) Aquella mujer no era una comadrona, era una asesina. Aquí todo el mundo sabe que estuve días entre la vida y la muerte.

PROSPERO. Resultado: estás seca.

ALICIA. Seca, yerma, baldía como la tierra.

LUIS. Y amarme, ¿no te consuela?

ALICIA. ¿Consuelo? ¿A qué te refieres?

LUIS. Al olvido.

PROSPERO. Ya lo dijo: tendría que dejar de ser ella.

ALICIA. Vivo recordando.

LUIS. Yo te prometo... Mañana abandonamos este edificio...

ALICIA. (Interrumpiéndolo) ¡No prometas!

PROSPERO. Las promesas son como las nubes, se las lleva el viento.

LUIS. Hay miles de niños...

ALICIA. (Airada) ...que no son míos.

PROSPERO. No te desalientes, Alicia. Cada mal crea su alivio.

ALICIA. El mío no.

PROSPERO. No hay excepciones.

ALICIA. Yo soy la excepción. (A Próspero) Escóndeme en ese baúl. Haz que desaparezca.

PROSPERO. No. En este juego las cosas aparecen siempre. Salvo que...

MARINA. ¿Salvo qué?

PROSPERO. No hay remedio. Todo regresa. Todo deja un mensaje. Un collar de brillantes, una corona de azahares, un reloj de arena, un poeta... ¿Desean continuar? No tengo inconveniente. (A Cheo) Hay tiempo. Es temprano. Y la curiosidad... (A Luis) ¿Es un vicio? ¡Pobre Pandora! (A Laura) ¡Dime un nombre!

LAURA. (Sorprendida aunque respondiendo con rapidez) ¡Carlos!

PROSPERO. Buen nombre. Se oye bien. Evoca virilidad y juventud.

(Próspero se acerca a Carlos.)

PROSPERO. Carlos es un hombre. Todos los hombres guardan secretos. Carlos, por tanto, guarda un secreto. Silogismo aristotélico.

(Carlos va a protestar, pero Próspero lo detiene.)

PROSPERO. No, no digas nada. Yo miro tus ojos. Eso basta. El discurso más elocuente no puede compararse a una simple mirada. Todo lo que un hombre odia o ama está en sus ojos.

(A modo de ritual, Próspero mueve las manos sobre la cabeza de Carlos.)

PROSPERO. Sí, todo está... claro, clarísimo. Miré en su interior.

(Próspero tiende una mano hacia el pecho de Carlos)

y extrae de allí un pequeño pañuelo de mujer. Carlos mira el pañuelo. Lo toma en sus manos.)

PROSPERO. (Irónico) ¿Lo conoces?

CARLOS. ¿Es de ella? (Lo huele)

PROSPERO. Es de ella.

CARLOS. Conozco su perfume. ¿Cómo lo encontraste?

PROSPERO. Estaba en ti. Es el mismo que dejó olvidado aquella tarde. ¿Recuerdas?

CARLOS. A la salida de la Escuela Normal. Yo pasaba por casualidad y la vi...

PROSPERO. ¿Por casualidad? (Ríe) No digas mentiras.

CARLOS. (Turbado) Yo estaba esperando que ella apareciera. Me escondí detrás de una columna.

PROSPERO. ¡Es linda!

CARLOS. ¡Un ángel!

PROSPERO. Te vio.

CARLOS. Sí. No me hizo ningún caso.

PROSPERO. Nunca te hace caso.

CARLOS. Hablé con ella varias veces.

PROSPERO. Siempre inútil.

CARLOS. Siempre.

PROSPERO. ¿Conoces una acción humana cuyo nombre es insistencia?

CARLOS. No tengo fuerzas.

PROSPERO. ¿Y un sentimiento que se llama esperanza?

CARLOS. No sé cómo luchar.

PROSPERO. Que no se diga. ¡Un muchacho de tu edad...!

CARLOS. Ayúdame.

PROSPERO. La mejor ayuda viene de uno mismo.

CARLOS. No concibo la vida si no es con ella.

PROSPERO. Eres muy joven.

CARLOS. Aunque tuviera cincuenta años pensaría igual.

PROSPERO. No. Todo, hasta lo más grande, es prescindible.

CARLOS. La amaré siempre, aunque siempre me diga que no.

PROSPERO. Siempre es sinónimo de nunca.

CARLOS. Mi amor es eterno.

PROSPERO. (Ríe) ¿Dónde aprendiste esa frase? (Muy recio) Me aterra la eternidad.

CARLOS. (Suplicante) Hazla mía.

PROSPERO. Ve primero a su encuentro.

CARLOS. ¿La veré?

PROSPERO. Te lo prometo.

CARLOS. ¿Cuándo?

PROSPERO. Paciencia. Ten fe.

CARLOS. ¿Qué debo hacer?

( Próspero abre el arca.)

PROSPERO. ¡Entra!

(Carlos obedece con docilidad. Próspero cierra el arcón y pone las dos manos sobre él. Cierra los ojos. Se concentra. Ritual.)

PROSPERO. (Grandilocuente) ¡Carlos fue al encuentro de su amor!

( Próspero abre el arcón de nuevo. Carlos ha desaparecido. Aplausos. Próspero se inclina con elegancia.)

CHEO. Advierto: se nos hace tarde. La noche avanza. Mañana tendremos que mudarnos.

PROSPERO. No tengas miedo.

CHEO. Yo nunca tengo miedo.

( Próspero ríe.)

LAURA. Una vez perdí un dije de plata mexicana. ¿Te acuerdas, tía? (A Próspero) ¿Por qué no me lo encuentras?

PROSPERO. Para ti también hay algo. No te desesperes. Ahora me gustaría recibir a alguien... Nada hay más hermoso que una hermosa mujer.

( Próspero juega con la capa sobre el arcón. La abre. Aparece El Enmascarado.)

PROSPERO. ¡Cuánto tiempo sin verte!

EL ENMASCARADO. ¿Para qué me llamas?

PROSPERO. No te llamé a ti.

EL ENMASCARADO. Como siempre. ¿Por qué no me ayudas?

PROSPERO. Te he dicho mil veces que no está en mis manos ayudarte.

EL ENMASCARADO. ¿En qué manos está la ayuda?

( Próspero toma las dos manos de El Enmascarado y las levanta a la altura de los ojos de este.)

MARINA. (Acercándose a El Enmascarado) Hijo, ¿tienes algún problema?

EL ENMASCARADO. No sé quien soy.

MARINA. (A los demás) Está muy mal.

ALEJANDRO. Se ha perdido a sí mismo.

GARCIA. Cuando un hombre se pierde a sí mismo... (No sabe qué decir y se encoge de hombros).

EL ENMASCARADO. Yo sólo pido una cosa muy simple.

LUIS. ¿Cuál?

EL ENMASCARADO. ¡Quítenme esta máscara!

LUIS. (Asustado) ¡No puedo!

OLGA. (Asustada) ¡Yo tampoco!

PROSPERO. Nadie puede.

EL ENMASCARADO. Sufro tanto con esta maldita máscara.

LAURA. Arráncala. Deja tu cara libre.

EL ENMASCARADO. Ya probé. Yo tampoco puedo.

MARINA. (Con lástima) Está muy mal.

PROSPERO. Si tú no puedes, nadie podrá.

EL ENMASCARADO. Adiós. Desapareceré en las tinieblas de la noche.

(El Enmascarado vuelve a entrar al arcón. Próspero lo cierra. Toca varias veces sobre la tapa. Desde dentro le responden toques. Cuando Próspero abre, aparece José Conrado.)

PROSPERO. Buenas noches.

JOSE CONRADO. Buenas. ¿Cómo está?

PROSPERO. ¿De dónde vienes hoy?

JOSE CONRADO. De tantos lugares...

PROSPERO. ¿Podrías precisar?

JOSE CONRADO. No. Ya lo sabes. El mundo entero conoce mis plantas.

PROSPERO. Ya lo sé: Bombay, Estambul, El Cairo...

JOSE CONRADO. ¿Me necesitas?

PROSPERO. ¡Qué pregunta! Eres tú quien me necesita.

CHEO. Si quiere ayudar... Mañana nos mudamos.

OLGA. Tenemos que abandonar el edificio antes de que se caiga.

MARINA. Si quiere, puede quedarse con nosotros.

LAURA. No se deje engañar por este laberinto. La belleza está en nosotros.

ALEJANDRO. Vamos a un edificio nuevo, con mil ventanas como Versalles y con un Pequeño Tri-

nón donde escucharemos a un niño prodigio tocando el piano.

JOSE CONRADO. Muy amables, pero no me es posible aceptar tan tentadora invitación.

LUIS. ¿Por qué?

JOSE CONRADO. Debo amanecer en Manila.

GARCIA. Eso es un parque que queda... (No sabe qué decir y se encoge de hombros.)

ALICIA. No es ningún parque, papá, es un puerto del Asia.

GARCIA. ¡Ah, Manila! ¿Manila?

MARINA. ¡Lejísimo!

LAURA. Tan lejos como Versalles y el Pequeño Triánón.

JOSE CONRADO. Si no hago falta, me voy.

PROSPERO. Adiós. Cuidado con los tiburones. (José Conrado entra en el arcón. Próspero lo cierra.)

LUIS. (Pensativo) ¿Manila? (Toma una repentina resolución) ¡Oiga, marinero, oiga!

PROSPERO. Es tarde. Se fue.

(Próspero abre el arca y descubre un espejo de mano. Se mira en él. Saca un lápiz y se pinta un lunar. Marina se acerca a él con recogimiento. Toma de las manos de Próspero el espejo. Se mira en él.)

MARINA. (Suspirando) ¡Cuántos recuerdos...!

PROSPERO. Las cosas aparecen —no se sabe de dónde— y dejan su mensaje.

(De lejos, se oye la voz de Carmen que llama a Marina.)

MARINA. (Aterrada) ¡Cállala!

PROSPERO. (Fingiendo ingenuidad) ¿A quién?

MARINA. ¡A ella! No quiero verla.

PROSPERO. No sé de quien hablas, Marina.

(Aparece Carmen. Está en ropa interior de acuerdo con la moda de finales del siglo XIX. Es muy hermosa y se cepilla el pelo con coquetería.)

CARMEN. ¡Marina, Marina!

(Marina acude sin deseos, resignada. No puede hacer otra cosa.)

CARMEN. ¿Por qué te demoras?

MARINA. (Hosca) ¿Qué quieres?

CARMEN. Ponerme el corsé.

MARINA. Hazlo sola.

CARMEN. (Mimosa) No seas mala. No puedo.

MARINA. ¡Jódete!

CARMEN. (Amenazándola en juego) ¡Llamo a mamá!

MARINA. (La mira asombrada) ¿A quién? (Ríe forzadamente) Hace cincuenta años que mamá se pudrió en el cementerio de Colón.

CARMEN. ¿Qué te pasa?

MARINA. Me cansé de ponerte el corsé.

CARMEN. ¡Claro! ¡Como tú no puedes ponértelo! (Se lleva la mano a la boca haciendo ostensible que ha cometido una falta) ¡Perdóname!

MARINA. (Irónica) ¿Perdón? No entiendo esa palabra.

PROSPERO. La verdad es la verdad.

CARMEN. Hermanita, te ruego que me ayudes.

(Marina toma dócil el corsé que Carmen le tiende. Luego la ayuda a vestirse, a peinarse.)

MARINA. ¿Sabes cuánto tiempo ha pasado?

CARMEN. ¿Cómo voy a saberlo?

MARINA. ¡Treinta años! Ya Alejandro va a cumplir treinta y tú no pudiste amamantarlo.

CARMEN. ¿Y Laura? ¿Es bonita como yo?

MARINA. No. Es fea como yo.

CARMEN. Tú nunca fuiste fea.

MARINA. Gracias por la benevolencia.

CARMEN. Tenías los ojos tan lindos...

MARINA. Eso me decía todo el mundo. A una jorobada que para colmo tiene el labio leporino. ¿Qué le van a decir?

CARMEN. Tenías algo de lo que yo carecía: don de gente.

MARINA. ¿Don de qué? (Hace una mueca) Yo me escondía cuando veía a la gente.

CARMEN. Eras simpática.

MARINA. Basta ya, Carmen, lo menos que se puede esperar de una muerta es que diga la verdad.

CARMEN. (Melancólica) ¿Y yo estoy muerta?

MARINA. Polvo, hija, polvo. Discúlpame: no puedo engañarte.

CARMEN. ¿Ves? Tú eres más dichosa. Sobreviviste. Viste crecer a mis hijos. Yo no pude disfrutar mi belleza. Tú, en cambio, seguiste viendo las flores, el sol, tomaste vino, comiste el chilindrón maravilloso de mamá.

MARINA. Tú como siempre: una porcelana; bella por fuera, pero vacía por dentro. No veo las flores porque estoy casi ciega, no puedo tomar vino

porque se me endurece el hígado, el sol me hace daño en la piel, y en cuanto a mamá... murió antes que tú. La familia se vino abajo.

PROSPERO. Todos murieron. Se arruinaron. En La Habana hubo una epidemia de cólera.

MARINA. Sólo quedamos tus hijos y yo. Tuvimos que vender la finca y la casa del Cerro y todo lo demás. ¿Sabes dónde vivimos?

PROSPERO. En un solar que mañana van a demoler.

MARINA. ¡Qué dicha!

CARMEN. No importa. Estás viva.

MARINA. «No te quejes, Marina». Eso me decían siempre.

CARMEN. Uno debe resignarse.

MARINA. Es muy lindo que tú me digas eso.

CARMEN. Yo también sufrí.

MARINA. Sí. Con esos corsés.

CARMEN. ¿Por qué eres cruel?

MARINA. Todas las feas somos crueles.

CARMEN. ¡Qué obsesión con la belleza!

MARINA. No entiendes, no puedes entender. Pero yo... Desde muy niña, Carmen, desde muy niña me di cuenta. Desde que le robé ese espejo a mamá. La noche que lo robé me fui corriendo al cuarto y le pregunté: Dime espejo mágico, ¿hay alguien más fea que yo?

PROSPERO. El espejo no respondió.

MARINA. Seguí viendo mi cara de bruja, el labio partido, la joroba.

CARMEN. Te quise mucho.

MARINA. Yo te odié. ¡Eras tan linda!

CARMEN. (Con vanidad) ¿Verdad que era bella?

PROSPERO. Ese fue el colmo de su desgracia.

MARINA. Por contraste, yo me veía más fea. ¿A quién salí yo? Mira que me lo pregunto. ¿A qué demonio le debo el labio leporino y la joroba? Todo el mundo me miraba con lástima disimulada.

PROSPERO. La peor lástima es la disimulada.

MARINA. Yo prefería la crueldad de la gente de la calle.

CARMEN. ¿Quién fue cruel?

MARINA. No te hagas la tonta. Muchas veces oíste cómo me gritaban: «¡Ahí va la novia de Quasimodo!» Me insultaban. Por eso, por reacción, se animaba mi orgullo. Lo que no podía soportar eran las miradas de ustedes.

CARMEN. Nosotros mirábamos en tu alma y la sabíamos hermosa.

MARINA. ¡Hermosa mi alma! ¡Como te gusta el engaño! Yo estaba llena de veneno. De buena gana hubiera creado un filtro de muerte para toda la humanidad.

CARMEN. ¡Eras tan inteligente...!

MARINA. Ojalá hubiera sido boba.

CARMEN. Brillabas por tu discreción y buen juicio.

MARINA. Tantos años y sigues usando ese lenguaje de novela de Luisa Pérez de Zambrana. Yo no tenía ninguna discreción. A cualquiera le soltaba las verdades en la cara.

PROSPERO. Era su odio.

MARINA. Mi odio concentrado.

CARMEN. Tu buen juicio estaba en que te aceptabas tal como eras.

MARINA. Yo nunca acepté nada: Yo quería ser linda, más linda que tú.

PROSPERO. Por las noches, escondida en su cuarto, ensayaba peinados y maquillajes, se ponía vestidos que robaba.

MARINA. Yo quería que los hombres se disputaran mi mano, que toda La Habana me admirara.

CARMEN. Pobre Marina, cualquier alma sensible se hubiera enamorado de ti.

PROSPERO. El alma sensible de Quasimodo.

(Carmen ha terminado de vestirse. Está engalanada como para una fiesta.)

MARINA. Estás lista, mírate al espejo.

(Carmen queda extasiada con su propia belleza. Luego se vuelve a la hermana.)

CARMEN. ¿Vamos?

MARINA. No. Vete sola. Un día juré que donde tú estuvieras no estaría yo.

CARMEN. Después de todo eres feliz: vives.

MARINA. Sí, vivo. Dios dijo: «a este Diablo vestido de mujer lo dejaremos cien años mirándose a los espejos». Adiós, Carmen. Cuando yo sea polvo, seremos iguales.

PROSPERO. Algún día se parecerán.

(Carmen desaparece. Marina va donde Próspero y le devuelve el espejo.)

LAURA. ¿Serán verdad las alucinaciones?

OLGA. Dicen que todo es verdad.

ALICIA. También dicen que todo es mentira.

LUIS. ¿Qué razonamientos son esos?

GARCIA. Entre la verdad y la mentira... (No sabe qué decir y se encoge de hombros.)

CHEO. Hay cosas, tantas cosas por recoger.

ALEJANDRO. El laberinto de Dédalo y un Dédalo con capa y sombrero.

OLGA. Las cajas me dan miedo.

ALICIA. Uno se pierde en ellas.

PROSPERO. Nada se pierde en ellas.

CHEO. ¿Qué hora es?

PROSPERO. El tiempo se ha detenido. No piensen en él. La noche está comenzando.

(Luis descubre una caja.)

LUIS. ¿Y esta caja?

PROSPERO. Mía

LUIS. ¿La puedo abrir?

PROSPERO. Para eso la encontraste.

(Luis abre la caja. Sale volando una paloma. Luis saca un grueso de cartas atado con cintas.)

LAURA. ¡Mis cartas!

(Luis saca un libro.)

LUIS. (Leyendo) Hojas al viento.

ALEJANDRO. Es mío. Ese libro es mío.

(Luis saca una postal.)

LUIS. Una imagen de Venecia. Esta postal es mía.

PROSPERO. Que no busque quien no quiera encontrar.

OLGA. (A Próspero) ¿No hay nada para mí?

PROSPERO. Para todos hay un recuerdo.

(Próspero realiza una ceremonia sobre el arcón.)

PROSPERO. (A Olga) Ven. Abre tú misma. Aquí está lo que esperas.

(Con miedo, Olga abre el arcón. Extrae un tocado de plumas, un abanico y una mantilla.)

OLGA. (Con recogimiento) ¿Quién me conoce tanto?

PROSPERO. Todos te conocemos bien.

(Con la ayuda de Próspero, Olga se coloca el sombrero y la mantilla. Abre el abanico. Posa como si estuviera ante un fotógrafo.)

OLGA. ¿Qué parezco?

CHEO. Un payaso.

MARINA. Estás disfrazada.

PROSPERO. (A Olga) No entienden.

OLGA. (Ofendida) No entienden. En este momento yo no soy yo.

LAURA. No seas metafísica.

CHEO. ¿Quién eres entonces mamita?

PROSPERO. (A Olga, con maldad) Todos ustedes lo saben tan bien como yo.

OLGA. (Horrorizada. A Próspero.) ¡Cállate!

PROSPERO. Todos lo saben. Te conocen desde hace años.

OLGA. No puedo evitarlo: su nombre me da horror.

PROSPERO. Déjame decirlo. Es un buen nombre. Un nombre sonoro.

OLGA. No. No quiero oírlo.

PROSPERO. (Maligno) ¿Oímos música?

OLGA. ¡Detesto la música!

PROSPERO. Adoras la música.

OLGA. (Asustada) Yo siempre pido silencio.

PROSPERO. Nadie como tú conoce que la música es el consuelo de los hombres.

OLGA. A mí me desconsuela.

PROSPERO. (Va hacia una victrola) ¿Qué tal si la oímos?

OLGA. ¡No! Ya te dije que a ella no.

PROSPERO. Ella está aquí.

OLGA. (Fingiendo indiferencia.) ¿Quién?

PROSPERO. ¿Quién va a ser?

(Próspero echa a andar la victrola. Se escucha a Rita Montaner.)

PROSPERO. Oye.

OLGA. (Tapándose los oídos.) ¡No quiero oírla!

PROSPERO. Llegó de los Estados Unidos. Actuó en el Teatro Principal. La han proclamado Reina de la Radio.

OLGA. (Atormentada) ¡No quiero saber nada de ella!

PROSPERO. Eso es admiración.

OLGA. Llámalo como quieras.

PROSPERO. ¿No te conmueve escucharla?

OLGA. Prefiero arrancarme las orejas.

PROSPERO. ¿Por qué ese odio?

OLGA. Si tu supieras...

PROSPERO. ¿Celo profesional?

OLGA. (Despectiva) ¡Celo profesional! (Con dignidad) Yo fui una niña precoz.

CHEO. ¡Otra vez la misma historia!

OLGA. (A Cheo) No hables. Cuando yo narre mi desdicha, tú debes ocultarte tras un muro.

PROSPERO. Te has cansado de decirlo, Olga, a los doce años tocabas el piano como una diosa.

OLGA. Tocaba, ¡a esa edad!, las contradanzas de Saumell. Estudié en el Conservatorio Peyrellade.

CHEO. (Repitiendo una frase aprendida de memoria) Su profesora Cecilia Aritzi, que en gloria esté.

OLGA. Hay cosas que no me gusta decir. Las circunstancias la obligan a una a las mayores vanidades: yo era la mejor alumna del conservatorio.

PROSPERO. La otra, una más.

CHEO. ¡Rita Montaner, una más!

OLGA. Si, una más. En aquella época éramos amigas. Muchas veces venía a mi casa a tocar el piano. No era pianista, era mecanógrafa. ¡Yo misma la rectificaba! Tocaba mal, en cambio... No, no voy a hablar de mí.

CHEO. Tú si eras lo que se dice una diva.

OLGA. Una diva. Pero no, no voy a hablar de mí. Ahora todo el mundo la aclama a ella, pero en realidad...

CHEO. ...tu voz tenía un color más hermoso.

OLGA. Búrlate. Todos lo decían.

PROSPERO. La mismísima Zoila Gálvez te llamó un día para decirte que nadie cantaba un Shubert como tú.

OLGA. ¿Cómo lo sabes?

PROSPERO. Lo has dicho veinte veces.

OLGA. Y era cierto.

CHEO. ¡Qué voz tan pura!

OLGA. Purísima. Ella, la Montaner, rabiaba. Siempre fue una envidiosa. Recuerdo un día... Se me acercó. Yo acababa de cantar «Ya que te vas». Me miró con ojos que querían atravesarme. Me di cuenta: me odiaba.

CHEO. En sus ojos estaba el infierno. ¿No es así, Olga?

OLGA. (Sin oírlo) Puso una de sus manos en mi hombro. Yo me estremecí.

PROSPERO. (Incorporando a Rita Montaner.) Cantas muy bien, pero yo llegaré más lejos.

- OLGA. Así me dijo. Y se fue. Y supe que sería verdad, que así sería. No, pero yo no quiero hablar de mí, que hable mi voz.
- (Olga canta, bastante mal, aunque sin caer en el ridículo, la misma canción de Rita Montaner.)
- OLGA. ¿Qué les parece?
- CHEO. Te hemos oído durante veinte años.
- PROSPERO. La batea ha sido tu mayor inspiración.
- OLGA. Lecuona me oyó cantar y se quedó maravillado. Quiso contratarme para su compañía. Ibamos para Buenos Aires. Yo iba a cantar a dúo con Libertad Lamarque.
- CHEO. Te ibas aún en contra del dedo de tu padre.
- OLGA. Me iba. Yo veía los teatros repletos, oía los aplausos.
- PROSPERO. Y entonces, ¿qué pasó?
- CHEO. No, por tu madre, no le preguntes eso.
- OLGA. (Dramática) ¡Apareció Cheo!
- CHEO. Ya la oíste: aparecí yo.
- OLGA. (Señalando a Cheo.) ¡El lo destruyó todo!
- CHEO. ¿Yo? ¿Por qué siempre quieres echarme la culpa?
- OLGA. ¡Cínico!
- CHEO. La culpa fue de los dos.
- OLGA. No. La culpable fui yo. Por débil. Lo conocí en el Prado.
- PROSPERO. Tocaba la trompeta en una orquestica.
- OLGA. Una orquestica de mierda. (Pausa breve. Suspira) ¡Lo vi tan hermoso!
- PROSPERO. Más elegante que Yarini.
- CHEO. (Adoptando pose) Y con más mujeres. Me decían «miel de abeja».
- OLGA. Esa misma noche me empujó contra los muros de la Estación de Villanueva y allí mismo... ¡Ay, que horror! ¡Soy una desvergonzada! La primera vez que lo veía y...
- PROSPERO. Muchas veces te has sentido como una ramera.
- OLGA. (Ingenua) ¿Cómo lo sabes?
- CHEO. Estás cansada de gritarlo en este patio. No lo hubieras hecho.
- OLGA. Fui débil. Y tú eres fuerte y hablabas muy bien y me acariciabas.
- CHEO. (Satisfecho) Soy un magister, la verdad. Pero no te obligué.
- OLGA. Hay modos de obligar.
- CHEO. Las mujeres no se entregan si no quieren.
- OLGA. Tú eras un hechicero.
- CHEO. Un simple hijo de Ochún.
- OLGA. Salí embarazada. Mis padres se enteraron. Se formó el escándalo. Tuve que casarme.
- PROSPERO. Y nació tu hija Rita.
- OLGA. Adiós Lecuona, adiós Buenos Aires, adiós Libertad Lamarque, adiós teatro repleto. El mundo perdió a una gran cantante, pero yo perdí al mundo.
- PROSPERO. ¿Es cierto todo eso, Cheo? A medias, como siempre.
- CHEO. Me dijo que era feliz. Siempre me dijo que era feliz, que no se arrepentía de nada.
- PROSPERO. La mentira hace falta para vivir.
- CHEO. Me dijo que yo era el centro de su vida.
- OLGA. Mi verdadero centro estaba perdido.
- CHEO. Me dijo que el amor por mí era más fuerte que el amor por el canto.
- OLGA. Tú nunca me creíste.
- PROSPERO. Nunca te creyó.
- CHEO. Nunca te creí. (A Próspero) Vamos a terminar todo esto. Mañana tenemos que mudarnos.
- PROSPERO. Mañana es muy lejos. Los relojes se han detenido. Y después de todo, amigo Cheo, tengo algo para ti.
- CHEO. ¡Déjame tranquilo!
- PROSPERO. ¡Te mostraré quién eres!
- CHEO. No hace falta. Sé quién soy. Tengo cuarenta años. Casado con una mujer que acaba de echarme en cara su rencor. Tengo con ella una hija que se llama Rita. Trabajo en el puerto. Mis hombros saben lo que es un saco de azúcar.
- PROSPERO. Lo sabemos. No hablo de esas cosas tan fáciles de conocer.
- CHEO. No hay más.
- PROSPERO. ¿Estás seguro?
- (Próspero se acerca a Cheo y saca, del bolsillo de la camisa de Cheo un collar de brillantes.)
- PROSPERO. (Triunfal) ¡Miren!
- CHEO. (Asustado) ¿De dónde sacaste eso? ¿De dónde?
- PROSPERO. Es uno de mis actos elegantes. El collar de brillantes. Perteneció a...
- CHEO. ¡Cállate o te parto la vida!

PROSPERO. (Irónico) ¡Soy inocente! Es la magia.

CHEO. Me cago en el coño de tu magia. Aquí a nadie le importa de quién es el collar.

OLGA. ¿Qué te pasa? Cheo, estás pálido.

CHEO. (A Olga) ¡Déjame! (A Próspero) ¿De dónde sacaste eso?

PROSPERO. La gracia de un Mago es su misterio.

CHEO. Yo no creo en misterios, carajó, y te puedo descuartizar.

PROSPERO. No es fácil. Todo mago es un hombre descuartizado.

OLGA. (Irónica a Cheo) Yo no sabía que te gustaran tanto los collares.

PROSPERO. Ponte el collar, Olga, tu cuello está hecho para él.

OLGA. (Se pone el collar.) ¿Cómo luzco?

CHEO. (Irónico) ¿Vas a cantar en el Olimpia?

OLGA. (Con dureza) ¿De quién es este collar?

CHEO. De nadie.

OLGA. ¿Y por qué te has puesto así?

CHEO. (Turbado) Por nada. No sé.

OLGA. Yo no soy boba. ¿De quién es el collar?

(Se oyen toques en la tapa del arcón. Próspero lo abre. De él sale una mujer elegantísima.)

GRAZIELLA. Buenas noches. Yo soy Graziella Montalvo, hija única de Honorario Montalvo, a quien todos conocen por el dueño de la famosa fábrica de chorizos. ¡Chorizos Montalvo! ¡Los mejores chorizos de Cuba! Yo me crié a base de chorizos. Por eso estoy como estoy.

PROSPERO. Buenas noches, Graziella. Bienvenida a este edificio que se nos viene encima.

GRAZIELLA. ¡Qué reunión tan simpática! ¿Quiénes son?

PROSPERO. Amigos.

GRAZIELLA. Encantada. Llámenme Grazzi. Así me dicen los íntimos. (A Marina) ¿Qué tal, señora, cómo está?

MARINA. Muy bien, gracias, ¿y usted?

GRAZIELLA. En la plenitud. Encantada de vivir en esta isla tocada por la gracia. Me fascina este país. Y que conste: yo soy una mujer de buen gusto. Arbitra de la moda —*elegantiorum arbitror*—. No en La Habana, claro. ¡Aquí las mujeres visten tan mal! Yo he vivido en París. Como ya ustedes descubrieron, mis maneras pregonan que soy una mujer de mundo. No debería decirlo, ya lo sé, pero como estamos en confianza... (Repara en Cheo) ¡Tú!

PROSPERO. ¿Lo conoce?

GRAZIELLA. (A Próspero) ¿Qué hace este aquí?

PROSPERO. Las piedras ruedan y ruedan hasta que se encuentran.

OLGA. (A Graziella) ¿De dónde lo conoces?

GRAZIELLA. Que lo diga él.

OLGA. (A Cheo) ¿De dónde la conoces, Cheo? ¿De dónde conoces a esta mujer?

CHEO. No comas mierda, Olga, tú no ves que esa mujer no existe, que es de mentira.

GRAZIELLA. (Horrorizada) ¿Cómo? ¿Yo no existo? ¡Pero está loco!

OLGA. (A Graziella) Dígame, ¿de dónde conoce a mi marido?

GRAZIELLA. Perdone, señora, ese tono no me agrada.

OLGA. (Irónica) Disculpe. Olvidaba que usted es una mujer de mundo. Distinguida dama, ¿podría comunicarme de dónde conoce a mi esposo?

GRAZIELLA. No es fácil decirlo. Ya usted lo dijo con justeza. Soy una mujer de mundo. ¡Conozco a tantos hombres en circunstancias tan diversas...!

OLGA. ¡Ah! Eso es ser una mujer de mundo.

ALICIA Ella quiso decir mujer de todo el mundo.

GRAZIELLA. ¡Respeto! ¡Exijo respeto! ¿Quién puede lanzar la primera piedra? Cada cual tiene su angustia. Yo vivo en un palacio, en El Vedado, regalo de mi padre que es el dueño de los chorizos Montalvo. Los chorizos dan mucho dinero. Un buen chorizo cuesta mucho. Yo soy una mujer decente. Casada y con dos hijos. Diecisiete criados pueden dar fe de mi decencia. Pero hay algo que se llama el spleen, la melancolía. Mi palacio es enorme y oscuro y huele a incienso. Yo avanzo por sus pasillos y el golpe de mis pasos me da miedo. Mi palacio es húmedo y tiene eco. Lo tengo todo que es decir nada. A mi piel le falta el sol y a mis ojos la alegría. ¿Ustedes saben lo que es el tedio? Entonces, cuando más deseos tengo de tirarme en un rincón, salgo a caminar la ciudad. Yo podría vivir en Nápoles o en Ginebra, pero vivo en La Habana. En ningún otro lugar podría ver tantos cuerpos hermosos. Camino por el puerto y me extasia ver a los hombres trabajando llenos de sudor. ¡El mejor perfume de París no puede compararse al que emana de un hombre trabajando! No me culpen. Odio la oscuridad de mi palacio. Mi marido es un hombre enfermizo que se alimenta de mí. (Acariciando el pecho de Cheo.) Y a mí me da placer alimentarme de los hombres. (A Cheo) ¿Te acuerdas?

CHEO. Tengo mala memoria.

GRAZIELLA. Conozco el modo de hacerte recordar.

OLGA. Yo también.

CHEO. (Apartando a Graziella) ¡No te conozco!

GRAZIELLA. (Tomando la mano de Cheo y llevándola a su pecho) Toca aquí, late como aquella vez.

CHEO. No sé de qué hablas.

GRAZIELLA. Recuerda: yo caminaba entre los sacos de azúcar. Tú estabas allí, con el torso desnudo y un pañuelo en la cabeza, un pañuelo que te protegía del sol.

PROSPERO. Como un árabe. Le gustaste.

GRAZIELLA. Hice más lento el paso. Te diste cuenta de que me gustabas. Los hombres siempre se dan cuenta.

PROSPERO. (A Cheo) Le dijiste... ¿Qué le dijiste?

CHEO. No sé.

GRAZIELLA. Yo sí sé. Una grosería. Me encantan las groserías.

CHEO. Además de puta eres mentirosa.

GRAZIELLA. (Desanimada) ¿Soy puta? Yo no tengo la culpa de vivir en un palacio oscuro con olor a incienso. No soy puta, soy melancólica.

OLGA. Siga, siga contando. ¿Qué pasó después?

GRAZIELLA. Ay, no sea morbosa.

PROSPERO. ¿Qué puede pasar entre un hombre y una mujer?

GRAZIELLA. Tengo alquilado un apartamento en Luz y Picota para cuando sufro mis ataques de tedio. Allí me refugio.

OLGA. ¿Fueron juntos al apartamento?

GRAZIELLA. ¿Por qué se inmiscuye en mi vida privada?

OLGA. ¡Ese hombre es mi marido!

GRAZIELLA. La felicito. ¡Es un volcán! (Reparando en el collar) ¿Y ese collar? ¿Quién se lo dio? ¡Ese collar es mío! (A Cheo) ¿Fuiste tú?

CHEO. No sé nada de collares.

GRAZIELLA. No te preocupes. Brillantes falsos. Después de todo, yo sé lo que son las tentaciones.

OLGA. (Indignada) ¡Adúltero y ladrón!

CHEO. (A Olga) ¿Vas a hacerle caso, idiota? Es una calumnia, una infamia de esta cualquiera.

OLGA. Cheo, estoy herida de muerte. Has llevado el cieno a tu casa.

CHEO. No seas ingenua. Todo es mentira.

OLGA. (Patética) ¡Es la hora de mi segunda muerte! Mi hija y yo estamos manchadas.

CHEO. No comas mierda. (Señalando a Graziella)

Esta es una bayusera. (Señalando a Próspero) Y este, un maricón.

OLGA. Ni siento ni padezco.

MARINA. (A Olga) Hija, no te pongas así. Los hombres son los hombres.

GARCIA. La verdad, hay veces en que un hombre... (No sabe qué decir y se encoge de hombros).

OLGA. ¡Déjenme! ¿No lo ven? Estoy muerta.

LAURA. Estás exagerando.

OLGA. Mi vida se vino abajo.

CHEO. Tienes la cabeza vacía.

OLGA. Y pensar que por este forajido destruí una carrera brillante.

CHEO. No fuiste tú sola quien destruyó una carrera brillante.

OLGA. ¿Qué estás insinuando?

CHEO. No insinúo digo: Yo también destruí una carrera brillante.

OLGA. ¡Oiganlo! Un triste trompetista es una orquestica de mierda.

CHEO. Aquí todo el mundo sabe que cuando te conocí, yo tenía veinte años. ¡Veinte años! Estaba en la Universidad. Sí, es verdad, era un mal trompetista. Pero eso no me importaba.

PROSPERO. Te importaba tu carrera.

CHEO. (A García) Viejo, yo quería ser abogado, fiscal, magistrado de la corte suprema. Ya me veía con toga y peluca. Dura lex, sed lex.

PROSPERO. ¿En qué terminaste?

CHEO. ¡Un estúpido! ¡Un estibador! ¡Un hombre que bebe para olvidar!

OLGA. Te casaste conmigo por amor.

PROSPERO. Se casó contigo porque tu padre lo obligó.

OLGA. La única engañada fui yo.

CHEO. Tú siempre eres la víctima.

PROSPERO. (Con sorna) ¡Iba a ser una gran cantante!

CHEO. ¡Basta de mentira! Tocaba el piano como si tuviera un martillo en cada mano y cantaba peor que un pregonero. Ni en el coro de la iglesia la querían.

OLGA. ¡Yo fui felicitada por Zoila Gálvez!

CHEO. Te tuvo lástima. Como yo.

OLGA. Cheo, acabo de hacer un descubrimiento.

PROSPERO. ¿Cuál? Dilo rápido.

OLGA. (A Cheo) Te odio con toda mi alma.

CHEO. Olga, te odio con mi alma y con mi cuerpo.

OLGA. ¡Ladrón!

CHEO. ¡Oye quien habla! ¡La hija de un bodeguero famoso!

OLGA. (Le va arriba a Cheo) ¡Respeta su memoria! Tendrías que besar la tierra donde el polvo de sus huesos reposa. (Golpea a Cheo)

CHEO. Suéltame o te mato.

OLGA. (Golpeándolo) ¡Mátame! ¡Decapítame! ¡Inmó-lame! ¡Ya no quiero seguir alentando en este valle de lágrimas!

(Próspero le alcanza un cuchillo a Cheo. Este lo levanta con furia para descargarlo sobre Olga. Luis y Alejandro se lo impiden. Sostienen a Cheo fuertemente. Las mujeres se ocupan de Olga. La algarabía se hace enorme. Obligada por Próspero, Graziella entra en el arcón y desaparece.)

CHEO. ¡Te voy a matar, coño, te voy a matar!

OLGA. ¡Sí, mátame, asesino, ladrón, mal marido, mátame!

(En el momento de mayor confusión, El Herido sale del arca. Está sangrando y casi no puede mantenerse en pie. Marina se da cuenta y llama la atención sobre él. Todos miran al Herido. Se produce un gran silencio. Olga y Cheo quedan libres. Todos se acercan al Herido con lentitud, con miedo quizá. Laura toca la herida que tiene en la cabeza y después observa la sangre en su mano.)

EL HERIDO. ¿Me dan un poco de agua? Tengo sed.

(El Herido se desploma. Apagón)

## SEGUNDO ACTO

Marina venda la cabeza de El Herido. El resto de las mujeres cura otras heridas. De un modo u otro, los hombres ayudan.

EL HERIDO. ¿Qué hora es?

PROSPERO. Temprano. No tienes que preocuparte.

EL HERIDO. Se me hace tarde.

OLGA. Tranquilo. Hay tiempo para todo.

EL HERIDO. Debo irme. Gracias.

LAURA. Así no puedes. Todavía sangras.

MARINA. Todo en la vida es tener paciencia.

GARCIA. En la vida lo más importante... (No sabe qué decir y se encoje de hombros.)

ALEJANDRO. Te matarán antes de llegar a la esquina.

ALICIA. No juegues con la vida, muchacho.

CHEO. Es peligroso que andes por ahí.

LUIS. Con el vendaje vas a llamar la atención.

MARINA. Mejor pasas la noche con nosotros.

OLGA. Mañana, de día, será diferente.

ALEJANDRO. Te cambias de ropa, te pones un sombrero...

LUIS. Un par de espejuelos oscuros...

EL HERIDO. Les agradezco tanto... Me encantaría quedarme. En este patio me he dado cuenta de cosas que no había conocido.

PROSPERO. ¿Por ejemplo?

EL HERIDO. La noche. El fresco. Un olor de jazmines.

LAURA. (Vehemente) ¡Quédate!

EL HERIDO. No puedo, señorita, no puedo.

GARCIA. Espérate. Aunque sea un par de horas.

PROSPERO. Ya lo dijo: no puede.

OLGA. Nada hay más poderoso que la vida.

EL HERIDO. Sí. El deber.

CHEO. (Sorprendido) ¿El deber?

PROSPERO. El deber.

GARCIA. ¿Qué es eso?

EL HERIDO. Algo que no le deja vivir a uno como usted quisiera, pero que resulta inevitable.

PROSPERO. Algo por lo que decides vivir.

OLGA. ¿No te interesa?

EL HERIDO. Si supiera... Hay una casa en Mariana. No muy grande, de paredes altas y blancas. Con muchas ventanas y un portal enorme y limpio. Desde allí se puede ver una huerta, y más allá, el Río Almendares.

PROSPERO. Te gustaría vivir allí.

EL HERIDO. Sí. Sembrar en la huerta por la mañana, sentarme a leer por la tarde, mientras ella, la elegida, toca el piano en la sala... Yo quisiera casarme con una mujer hermosa y tener diez hijos y vivir hasta los noventa años. (Pausa breve.) ¡Pero es imposible!

LAURA. ¿Qué te lo impide?

PROSPERO. El deber.

ALICIA. ¿Qué deber es ese que todo lo entorpece?

EL HERIDO. Sálv de mi casa a los catorce años. Me fui a la manigua, me alcé. Sólo tenía un machete, pero era suficiente. Ahora lucho contra el tirano. Cuando logremos la victoria, me iré a España, me pondré al lado de la República.

GARCIA. Yo no entiendo nada.

CHEO. Manda el deber al carajo.

ALEJANDRO. Piensa: se vive una sola vez.

EL HERIDO. Por eso mismo, se vive una sola vez.

LUIS. ¿Qué esperas de la vida?

LAURA. ¡Es un romántico!

MARINA. ¿Te crees Dios?

EL HERIDO. (A Laura) ¿Qué importan los nombres?  
(Marina) Me creo un simple mortal que debe cumplir un destino irremediable, como todos los destinos.

PROSPERO. Muchos de su edad ya están muertos.

EL HERIDO. Toda tiranía engendra muertos.

OLGA. Olvida al tirano. Vive tu vida.

EL HERIDO. (Sonríe. Niega con la cabeza.) ¿No se siente el olor de los jazmines?

ALICIA. Dime: ¿no te da miedo morir?

EL HERIDO. (Sin dejar de sonreír.) Ustedes han sido muy amables. Gracias por todo.

PROSPERO. ¿Te horroriza la muerte?

EL HERIDO. ¿Alguien me presta un espejo?

(Marina le alcanza el espejo de mano. El Herido se mira.)

PROSPERO. ¿Te miras por última vez?

EL HERIDO. Nunca se sabe.

(Laura le da un atado con panes para el camino.)

LAURA. ¡Quédate! En mi casa tienes lugar. Te dejo mi cuarto, mi cama, todo lo que quieras, pero no te vayas. Hoy mismo, en cuanto amanezca, tendremos que mudarnos. Este edificio se derrumba, pero vienes con nosotros y te cuidaré. Tocaremos el piano por las tardes. Haremos lo que tú quieras, pero no te vayas.

EL HERIDO. Gracias, señorita. La culpa no es mía.

PROSPERO. Tiene que irse.

MARINA. ¡Muchacho, no te vayas!

EL HERIDO. (Devolviendo el espejo a Marina.) ¡Adiós! ¡Adiós y gracias por todo! En algún momento acuérdense de mí.

PROSPERO. Es peor el olvido que la muerte.

(El Herido sale. Vuelve a entrar. Trae ahora en las manos una corona de azahares. La entrega a Laura. Sale.)

LAURA. (Hablando con El Herido aunque este ya se ha ido.) No te vayas. En mi casa estarás bien. No te vayas. (Mira la corona que tiene en las manos. Se vuelve a Marina.) Mira tía, la corona.

MARINA. Olvida hija, olvida.

PROSPERO. Lo mejor que tiene el hombre es que puede olvidar.

MARINA. Ahora tenemos que irnos.

OLGA. Este edificio dejará de ser nuestra casa.

ALEJANDRO. No es hora de recordar.

MARINA. Nunca es hora de recordar.

PROSPERO. Lo mejor que tiene el hombre es que puede recordar.

LAURA. ¡Estoy tan sola...!

PROSPERO. No es cierto.

MARINA. Estoy yo, que te he criado, está tu hermano...

(Laura no escucha. Próspero coloca en su cabeza la corona de azahares.)

LAURA. (A Alicia) ¿Cómo luzco?

PROSPERO. ¿Cómo luce?

ALEJANDRO. (A Laura) ¡Quítate eso!

LAURA. ¿Por qué?

MARINA. No luces bien.

LAURA. Hace unos años me quedaba perfecta.

MARINA. Ya lo dijiste: hace unos años.

PROSPERO. (A Laura) ¿Sabes que día es hoy?

LAURA. (Asustada) No quiero saberlo.

PROSPERO. (A Marina) Díselo.

(Marina niega con la cabeza; se aparta.)

PROSPERO. (A Alejandro) Díselo tú.

ALEJANDRO. No quiero.

LAURA. Nadie me diga nada. Yo no quiero saber el paso de los días.

PROSPERO. Los días pasan de todas maneras.

ALICIA. (Acercándose a Laura.) Laura, quítate la corona. Ocúpate en recoger tus cosas.

LAURA. Con la corona o sin ella, no hay modo de evadir los recuerdos.

OLGA. Hay recuerdos que es mejor mantenerlos fuera de uno.

GARCIA. Sólo vale la pena recordar... (No sabe qué decir y se encoge de hombros.)

LAURA. Yo sé: hoy es quince de noviembre.

PROSPERO. Hace ocho años. ¡Ocho años!

MARINA. (Se persigna.) ¡Cómo pasa el tiempo!

LAURA. ¿Quién dijo que el tiempo pasa? ¡Eso es mentira! El tiempo se queda en mi cuerpo, en mi cara. Me hunde los ojos y me saca los dientes. (Se toca los labios. A Alicia) Aquí tengo arrugas nuevas, ¿ves?

ALICIA. Olvidalo.

LAURA. Ahora vino ese muchacho herido y me hizo recordarlo.

PROSPERO. Sí. Había algo en sus manos...

LAURA. ¡Qué extraño...! ¡Cómo en el recuerdo todos los hombres se parecen!

PROSPERO. Hoy es quince de noviembre. Hubiera sido un día feliz para ti.

LAURA. (A Marina) Tía, ¿te acuerdas?

MARINA. Vamos, Laura, guarda tus cosas en el baúl. Mañana nos vamos.

LAURA. (Con odio) Déjame. Detesto la misericordia.

ALEJANDRO. Te comportas como una niña.

PROSPERO. Ya tienes cuarenta años.

LAURA. No hace falta que me lo recuerden.

MARINA. ¡Siempre dándole vueltas a la misma historia! ¿Qué quieres?

PROSPERO. Las cosas son como son y no como uno quisiera.

MARINA. Mira mi espalda, mira mi labio leporino.

LAURA. ¡Ya lo sé! (Pausa breve. Con nostalgia.) Desde niña yo soñaba con una casa y con un hombre.

PROSPERO. Un hombre que te protegiera y te hiciera feliz.

LAURA. Yo no soy jorobada, yo no tengo el labio leporino.

PROSPERO. Es cierto. ¿Por qué nadie se interesa en ti?

LAURA. Nadie sabe lo que siento. Esta sensación es única. Igual que si me recorriera un pasillo infinito y no hubiera nadie. Y yo caminara y caminara, y siempre sin que hubiera nadie.

PROSPERO. Lo sabemos. Un día te enamoraste.

LAURA. Ya no me acuerdo de cómo era aquel hombre, pero sí recuerdo mi pasión.

PROSPERO. La pasión es como un vino: te embriaga.

LAURA. Es como si aquellos días no hubieran existido. Sólo existía mi pasión. Yo bordaba las sábanas de mi boda, cosía mis ropones, no con las manos, sino con la pasión.

PROSPERO. Aquí todos conocen esa historia. Fue un quince de noviembre.

LAURA. Yo estaba vestida de blanco. Alguien, no sé quien, puso en mi cabeza la corona de azahares. Y entonces...

ALEJANDRO. (Interrumpiéndola) Basta, Laura, basta de dramas.

LAURA. ¿Qué cosa es la vida?

PROSPERO. (Con solemnidad no exenta de burla) ¡Un drama!

ALEJANDRO. ¿Por qué no te haces actriz?

LAURA. Excelente idea, mi hermano. Seguiré tu consejo. Así podré representar esas obras tuyas que no interesan en ningún teatro.

MARINA. Laura, no es saludable...

LAURA. (Patética) Me siento engañada, tía. Me oculto en este juego inútil de estar en la casa con tal de que el tiempo no pase, o pase y yo no me dé cuenta.

PROSPERO. Pero los demás no quieren olvidarse del tiempo y a las nueve en punto hacen sonar el cañonazo en la cabaña.

LAURA. Me echan en cara que se me hace tarde.

MARINA. No debes ponerte así. ¿Qué significa una corona de azahares?

LAURA. ¡Tantas cosas...! Esta corona significa las sábanas frías.

PROSPERO. El cuarto en silencio.

LAURA. Un deseo de hablar, a veces, de madrugada, con alguien, con cualquiera. Yo quisiera conversar sin decir una palabra, ¿entiendes?

PROSPERO. Una mirada y que todo esté dicho.

MARINA. Aquí estamos nosotros. Estoy yo, está tu hermano.

LAURA. Nadie. Ustedes no existen. No hay nadie. ¿Dónde está Carlos? El único que a veces existe es Carlos. Cuando salgo al patio y lo veo acabado de levantar, sin camisa... Entonces, de pronto, es él la única persona.

PROSPERO. Carlos es hermoso.

LAURA. Miro su pecho, sus brazos... ¡Cómo me gusta mirar sus brazos...!

MARINA. ¿Tú nunca pierdes las esperanzas?

LAURA. No. Yo espero.

PROSPERO. ¿A quién?

LAURA. Es alguien que tiene el pecho y los brazos de Carlos, la cara de uno que conocí hace años, la voz de aquel que me dejó esperando, la inocencia de ese herido... (Se quita la corona de azahares. La da a Próspero.) ¡Desaparécela!

PROSPERO. ¿Y si ahora, en mi baúl, apareciera alguien?

(Laura niega con la cabeza.)

PROSPERO. No seas pesimista.

LAURA. No soy pesimista, soy realista.

PROSPERO. (Hace una mueca) ¿Realista? ¡Qué horrible palabra! ¡Atiende! (Dirigiéndose al arcón.) ¡Hago aparecer un hombre para ti!

LAURA. Cualquier hombre no es el hombre que yo espero.

PROSPERO. Veremos.

(Próspero abre el arcón. Aparece El Enmascarado.)

EL ENMASCARADO. ¡Ayúdame!

PROSPERO. Te he dicho mil veces que no.

EL ENMASCARADO. Quitame esta máscara. No puedo seguir viviendo con ella.

PROSPERO. Sería feliz de poder ayudarte, pero te juro que no sé cómo. Únicamente podrás hacerlo tú.

EL ENMASCARADO. Para mí es imposible. Ya he tratado. Alguien tiene que poder.

PROSPERO. Las máscaras existen para probar nuestro valor.

EL ENMASCARADO. (Con tristeza.) Está bien. Gracias de todas maneras.

(El Enmascarado vuelve a entrar al arcón y lo cierra. Próspero toca en su tapa. El arcón se abre otra vez. Aparece Carlos. Alegría general.)

PROSPERO. (A Carlos) ¿La viste?

CARLOS. La vi.

CHEO. Cuéntanos.

LUIS. ¿Qué pasó?

CARLOS. Lo de siempre. La vi sentada en un banco del Parque de la Fraternidad.

PROSPERO. Bellísima. Parecía una diosa.

CARLOS. Me dio miedo acercarme.

CHEO. ¿Miedo?

OLGA. Sí. Miedo. ¿Crees que todo el mundo es tan cínico como tú?

ALICIA. (A Olga) Olga, por favor. (A Carlos) ¿Te le acercaste?

CARLOS. Sí. Yo estaba temblando. Ella está ahí. Yo me acerco poco a poco. (Se acerca a Laura. Ella se vuelve y le sonríe). Me mira. Sonríe. En este momento no sé si es de día o de noche. La saludo. (A Laura) Buenas noches. (Le entrega el pañuelo).

LAURA. (Tomando el pañuelo. Hace un gesto coquet, una inclinación de cabeza.)

CARLOS. ¿Estás sola?

LAURA. Siempre estoy sola.

CARLOS. Porque quieres.

LAURA. Porque me gusta.

CARLOS. Un gusto que me perjudica.

LAURA. Es cosa tuya.

(Carlos trata de tomarle una mano. Ella lo esquiva.)

CARLOS. Te quiero.

LAURA. Tu español casi se reduce a esa frase.

CARLOS. Es lo que me interesa decirte.

LAURA. Y yo no quiero oír.

CARLOS. Arráncame la lengua.

LAURA. Un día lo haré. Será mi trofeo.

CARLOS. No puedo vivir sin ti.

LAURA. (Ríe) Tu español se enriquece. Una frase nueva.

CARLOS. Y verdadera. Si me dices que no, me suicidaré.

LAURA. ¿De qué forma?

CARLOS. Usaré tu pañuelo para ahorcarme.

(Coqueta. Laura le devuelve el pañuelo.)

CARLOS. Moriré con tu nombre en los labios.

LAURA. No sé si puedas. Dicen que a los ahorcados les falta el aire.

CARLOS. Yo seré un ahorcado por amor.

LAURA. El amor no tiene suficiente reserva de oxígeno.

CARLOS. ¿Puedo verte más tarde?

LAURA. No. Olvídame.

CARLOS. Ese verbo no existe.

LAURA. Vive con tu recuerdo. Adiós.

(Laura se aleja)

CARLOS. (A los demás) Me dijo: «olvídame». ¿Se dan cuenta? ¿Cómo se puede pedir algo tan difícil?

PROSPERO. Sólo te resta tener corazón y no asombrarte de nada.

CARLOS. (Reparando en Próspero) ¡Tú! Eres la persona indicada.

PROSPERO. Es cierto.

CARLOS. ¡Haz que me ame! ¡Hazla mía!

PROSPERO. ¡Difícil!

CARLOS. Eres poderoso.

PROSPERO. Me gusta oírlo decir. Soy poderoso.  
Dame tiempo. Tienes la vida por delante.

CARLOS. Y la impaciencia.

PROSPERO. Es el peor de los males. (A Laura)  
¡Joven!

(Laura se vuelve hacia Próspero con expresión suplicante. Próspero va hacia ella, la toma de un brazo, la obliga a abrir el arca.)

PROSPERO. ¡Abre el arca!

(Laura abre el arca. Aparece José Conrado.)

PROSPERO. ¡José Conrado!

LAURA. ¿Usted?

JOSE CONRADO. Para servirla. (Se inclina.)

LAURA. ¿De dónde viene?

JOSE CONRADO. Del mundo.

PROSPERO. Explícate.

JOSE CONRADO. Para mí Buenos Aires es lo mismo que Manila y Manila que Hong Kong y Hong Kong que La Güira y La Güira que Nueva York. Todos son un solo puerto. ¿Me entiende? De modo que yo creo venir de Manila, pero como Manila es Hong Kong y Hong Kong etcétera, yo no sé en realidad de dónde vengo.

PROSPERO. En resumen, vienes del mar.

JOSE CONRADO. ¿Hay algo que no sea el mar?

PROSPERO. La tierra firme.

JOSE CONRADO. El mar es todo. Como decía mi amigo Almáyer: el resto son islas flotantes.

GARCIA. Mi'jo, ¿y usted vive en el mar?

JOSE CONRADO. Desde los trece años.

OLGA. Debe ser fascinante.

JOSE CONRADO. Depende.

CARLOS. ¿Es aburrido?

JOSE CONRADO. Nunca.

CHEO. La verdad: mar por la mañana, mar por la tarde, mar por la noche...

MARINA. Como para dar gritos.

JOSE CONRADO. (A Marina) ¿Usted no ha oído la famosa frase de que uno no se baña dos veces en el mismo mar?

ALEJANDRO. (Rectificándolo) En el mismo río.

JOSE CONRADO. Es igual. Platón no conocía el Océano Atlántico.

ALEJANDRO. (Rectificándolo) Platón no, Heráclito.

JOSE CONRADO. Platón es lo mismo que Heráclito y Heráclito que Aristóteles. Escucha: cuando un hombre muere, se convierte en todos los hombres a la vez. La muerte unifica. la muerte es lo más democrático que hay. ¿Me entiendes?

ALICIA. ¿Usted tiene hijos?

JOSE CONRADO. Cientos.

ALICIA. Luego es dichoso.

JOSE CONRADO. No. Ese dato no interviene en mi dicha. ¿Para qué yo quiero una legión de hijos que no conozco? No sé ni sus nombres. Tengo hijos chinos, negros, blancos, rojos, rosados. ¿Para qué? Tendré una vejez solitaria. Cuando muera, me sepultarán en el fondo del mar, con una corona de algas por toda despedida.

LAURA. ¿Has conocido el mar?

JOSE CONRADO. He amado a mis compañeros de viaje.

MARINA. ¡Jesús! Eso es contranatura.

JOSE CONRADO. ¿Contranatura? ¿Qué quiere decir?

ALEJANDRO. Contrario al orden de la naturaleza.

JOSE CONRADO. ¿Y cuál es el orden de la naturaleza? Lo único contrario al orden de la naturaleza, señora, es el odio. El amor exalta, aunque a usted se le ocurra amar a una cucaracha.

OLGA. ¿No es terrible pasarse meses y meses sin ver una flor?

JOSE CONRADO. (Le da gracia la cursilería de Olga. Con tono de burla, aunque sin dejar de ser amable). Yo tengo un jardín imaginario.

CHEO. Y suficiente ron, un juegoito de dominó...

JOSE CONRADO. No hay tiempo para eso.

CARLOS. ¿Conoce muchos países?

JOSE CONRADO. Todos.

PROSPERO. (Con intención. A Luis) No hay ciudad del mundo que él no conozca.

JOSE CONRADO. Desde Tasmania hasta el Estrecho de Magallanes, desde el cabo de Buena Esperanza hasta Groenlandia.

LUIS. (Con timidez) ¿Conoce Brujas?

PROSPERO. Por supuesto.

JOSE CONRADO. A Brujas se entra por un canal que la une con el Mar del Norte. Trece kilómetros. Cuando termina el canal, te encuentras con el puerto de Zeebrugge, un puerto falso, enclavado en tierra firme, como diría el señor (señala a Próspero) Es una ciudad silenciosa, llena de misterio. En el Hospital de San Juan vi por primera vez un cuadro de Hans Momling.

LUIS. ¿Y conoce Venecia?

PROSPERO. Se cae de su peso.

JOSE CONRADO. Amigo mío, todo marino que se respete conoce a la reina del Adriático.

LUIS. ¿Y Bombay?

JOSE CONRADO. Y Melbourne, Cantón, Tokio, Valparaíso...

PROSPERO. Ya te lo dije: conoce el mundo.

(José Conrado se acerca a Luis).

JOSE CONRADO. (Confidencial) ¿Por qué esas preguntas? Hay en ti cierta ansiedad.

LUIS. (Turbado) No. No es eso.

JOSE CONRADO. ¿Te interesa conocer el mundo?

LUIS. ¿Cómo entraste en la marina?

JOSE CONRADO. No fue fácil. Mi padre no quería.

PROSPERO. Aunque él mismo había sido un famoso pescador.

JOSE CONRADO. Quizá por eso no quería. Desde que fui un niño trató de inculcarme el odio por el mar y el amor por los libros.

PROSPERO. Le hubiera gustado que fueras médico.

JOSE CONRADO. O pianista. Pero yo me iba todas las mañanas para el puerto, me sentaba en la Alameda de Paula y veía los buques anclados que cargaban y descargaban sus mercancías. Un día me escondí dentro de uno.

PROSPERO. Como una rata de bodega.

JOSE CONRADO. Ese barco lo capitaneaba un hermano de mi padre. Me escondí. Cuando estuvimos a la altura de Nassau, salí a cubierta. Mi tío por poco me mata, pero ya era tarde para regresar.

PROSPERO. Para eso existe una palabra: destino.

JOSE CONRADO. Desde entonces he pasado la vida de un lado a otro.

PROSPERO. De un mar a otro, tratando de alcanzar un horizonte que siempre permanece en el mismo lugar.

JOSE CONRADO. Es una sensación extraña, ¿sabes?

PROSPERO. Es rara la vida sobre tablas que se mueven y avanzan como a la deriva.

JOSE CONRADO. Sí, te parece que nada es seguro y firme, que no existen certezas de nada.

PROSPERO. Todo lo que hoy es de un modo, puede ser mañana de otro.

JOSE CONRADO. Eso te hace pensar el mar, más misterioso, más voluble, más caprichoso que cualquier mujer.

LUIS. ¿Has sido feliz?

JOSE CONRADO. ¿Quieres la verdad? (Pausa breve). No.

LUIS. No te entiendo.

JOSE CONRADO. Pienso que me equivoqué.

PROSPERO. (Pone una mano sobre el hombro de Luis) Este muchacho piensa lo mismo.

JOSE CONRADO. Yo necesitaba seguridad.

LUIS. Yo odio la seguridad.

JOSE CONRADO. Yo quisiera vivir en medio del continente más grande.

LUIS. Yo quisiera vivir en una casa flotante en medio del Pacífico.

JOSE CONRADO. Me habría pasar la vida de un lado a otro como un paria.

LUIS. Me habría pasar la vida en el mismo lugar como un vegetal.

JOSE CONRADO. A fuerza de verla Venecia pierde el encanto.

LUIS. A fuerza de soñar con ella Venecia es una ciudad fabulosa.

JOSE CONRADO. El único paisaje que me importa es La Habana.

LUIS. Todos los paisajes me importan.

JOSE CONRADO. Detesto dormir donde me coja la noche.

LUIS. Detesto una cama bien hecha, con sábanas que huelan a gaveta de mujer.

JOSE CONRADO. Lo desconocido me inquieta.

LUIS. Lo conocido me llena de horror.

JOSE CONRADO. Mis ojos se cansan de tantos tonos de azul, de tanto horizonte, de tanto espejismo.

LUIS. Y los míos de las cuatro paredes de mi cuarto, de este patio, de esta ciudad, de tanto sol.

JOSE CONRADO. El rumor del mar es un silencio que me enferma.

LUIS. Tú no sabes lo que es una ciudad bulliciosa, una ciudad que no para de gritar.

JOSE CONRADO. Tú no sabes lo que es estar en alta mar, a veinte mil leguas, de cualquier civilización. Necesitas un ser humano, cualquiera, que se preocupe por ti.

LUIS. Tú ignoras lo que es una vieja como esta (Señala a Marina) preocupada el día entero por lo que haces o dejas de hacer.

MARINA. ¡A mí me dejan tranquila! Yo no me meto con nadie.

JOSE CONRADO. (A Luis) Hermano, óyeme, no hay angustia mayor que pasarse los días, las noches, los meses, los años, poniendo orden y orden en tus pensamientos.

LUIS. No hay angustia mayor que tener algunas ideas y no poder ordenarlas. (Pausa breve) ¡Viajar, conocer el mundo, ir de una ciudad a otra, de una isla a otra. Detesto sentirme encerrado en esta isla.

PROSPERO. El hombre necesita conocer el mundo.

LUIS. A veces me hace falta el silencio, encontrarme a mí mismo, y aquí... bueno, aquí todo está hecho para que no te encuentres.

JOSE CONRADO. ¿Ves que te sientes mal? Cuando te alejes, vas a necesitar esta tierra. Te darás cuenta de que no puedes vivir en ningún otro lugar.

LUIS. Déjame la posibilidad de sentir esa nostalgia.

JOSE CONRADO. Concedido. ¿Quieres proponerme algo?

LUIS. Sí.

JOSE CONRADO. Dímelo rápido.

(Luis va al arcón, afina en él el codo de su brazo derecho: abre la mano en espera de la mano del marino. Con el gesto le propone pulsar.)

LUIS. El que gane se irá.

PROSPERO. (A Luis) No te lo aconsejo.

LUIS. (Sin hacer caso) El que pierda tendrá que quedarse.

(José Conrado va al arcón, afina también su brazo derecho y aprieta la mano de Luis. Se entabla la lucha. Sin gran dificultad, José Conrado vence a Luis.) Luis queda abatido.

PROSPERO. Te lo advertí.

JOSE CONRADO. No puedo hacer nada. (A Próspero) Dime la hora.

PROSPERO. Hora de zarpar.

JOSE CONRADO. ¡Adiós! Al amanecer debo estar en Nápoles. Mañana cruzaré el Adriático.

PROSPERO. Y llegarás a Patrás.

JOSE CONRADO. No queda otro remedio. ¡Buenas noches! Volveré si en mis viajes no termino en coral.

(José Conrado desaparece dentro del arcón. Todos quedan mirando a Luis que está sumido en su abatimiento. Alicia se le acerca, pone una mano en su hombro. García se acerca a Alicia con miedo a la reacción de ella, pero Alicia hace gesto a García para que la deje sola con Luis.)

ALICIA. El hombre necesita conocer el mundo, Luis. Hace falta silencio, encontrarse a sí mismo... Yo soy una gritona que te ha querido llenar de hijos. Por eso, Luis, te pido que te largues.

LUIS. No voy a darte explicaciones, Alicia. De todos modos no vas a entender. Nunca has entendido.

ALICIA. No expliques lo que no tiene explicación. Te has pasado la vida justificando tu deseo de irte. Yo no puedo entender esa pasión. Vete. Vete ahora mismo.

LUIS. (Con amargura) ¿A dónde?

ALICIA. Es tu problema. Vete a Australia. Los cancheros no gritan.

LUIS. Cualquiera tiene derecho a...

ALICIA. (Interrumpiéndolo) Por lo mismo ¡vete!

LUIS. Te amo, Alicia, pero también tengo la urgencia de contemplar el mundo desde el Himalaya.

ALICIA. Corre. Se te hace tarde. Ahorita el reuma no te va a dejar subir ni esas escaleras.

LUIS. Yo me iría y por eso no dejaría de amarte.

PROSPERO. Escribiría para ti una carta diaria.

ALICIA. Yo no soy la hija de la marquesa de Seigné.

LUIS. Te traería flores de todo el mundo.

PROSPERO. Los jazmines de Oriente, los nelumbios del Norte, de Occidente, las dalias y las rosas del Sur.

ALICIA. Gracias.

PROSPERO. Las flores se marchitan.

LUIS. En la distancia nos amaremos más.

ALICIA. Ausencia quiere decir olvido, decir tinieblas, decir jamás. Déjame sola. Ya que no puedo tener hijos, seré maestra de kindergarten.

PROSPERO. (A Alicia) Tranquilízate. No se irá.

OLGA. (Mirando a Cheo con odio) Los hombres son así. El problema es torturarla a una, torturarla siempre. ¡Mírate en mi espejo!

CHEO. (Contemporizando) Olga, por nuestra hija Rita, ¿no me vas a perdonar?

OLGA. Nunca. El día del Juicio Final estaré allí para hablar con Dios y pedirle que te castigue por adúltero y ladrón. (A Alicia) Despreocúpate. Te seguirá haciendo la vida imposible, pero no se irá.

PROSPERO. No se irá por una razón simple: ahí, donde ustedes lo ven, Luis es un sabio. El, mejor que nadie, conoce los famosos versos de Víctor Hugo: «No me voy. Si me fuera al instante yo quisiera regresar».

ALEJANDRO. (Acalorado) ¡Un momento!

PROSPERO. (Satisfecho) ¿Qué sucede?

ALEJANDRO. No es pedantería, pero... Sucede, en primer lugar, que esos versos no son de Víctor Hugo.

PROSPERO. ¡Ah, no! ¿De quién son?

ALEJANDRO. ¿Hasta cuándo vamos a permitir el saqueo de nuestra cultura? Esos versos son de Julián del Casal, poeta cubano. Que tú los has cam- biado. Los verdaderos versos de Casal, dicen: (Se prepara para declamar. Dice los versos con énfasis y voz potente) «Más no parto. Si partiera/al instante yo quisiera/regresar/Ah, cuándo querrá el destino/ que yo pueda en mi camino/ reposar./

(Con sonrisa satisfecha, Próspero abre su capa para que detrás de ella salga El poeta.)

EL POETA. ¿Quién me recuerda? ¿Quién dice mis versos?

(Se hace un silencio.)

EL POETA. Nadie sabe como consuela, allá en la eternidad, oír que alguien repite los versos que escribimos una noche de insomnio. ¿Quién fue?

MARINA. Joven, ¡qué tristeza veo en sus ojos!

EL POETA. Venerable señora, es mejor no hablar de la desdicha.

LAURA. (A Próspero) ¿Es él?

EL POETA. (A Laura) No debo ser yo, porque yo no soy nadie. Yo soy el éter. El céfiro que acaricia sus mejillas de porcelana, señorita.

OLGA. Tiene cara de cansancio.

EL POETA. Tengo sed.

PROSPERO. Fuiste al banquete.

EL POETA. Como siempre.

PROSPERO. ¿Lo recuerdas?

EL POETA. Es lo único que recuerdo.

PROSPERO. ¿Ves la casa?

EL POETA. La veo. Frente al Paseo del Prado.

PROSPERO. ¿Y las manos de tu amigo?

EL POETA. Don Lucas de los Santos Lamadrid le- vanta una copa.

PROSPERO. Alguien hace un chiste.

EL POETA. Alguien —no recuerdo quién— me hace reír.

PROSPERO. ¿Y después?

EL POETA. Nada. Todo se vuelve delicuescente como la sangre que huye de mi cuerpo.

PROSPERO. No recuerdas más.

EL POETA. No.

CHEO. ¿Por qué tanta tristeza?

EL POETA. Si supiera...

PROSPERO. También la tristeza se deshizo.

EL POETA. Mis críticos deben estar satisfechos. (A Cheo) Lo que usted nota no es tristeza, sino decepción.

GARCIA. ¿Qué quiere decir?

EL POETA. He hecho muchos descubrimientos, pero uno capital.

LAURA. (Tímida) ¿Se puede saber?

EL POETA. A usted no podría negarle nada. Me recuerda a María Cay. (Pausa breve. Arregla la flor de su boutonniere. Tono confidencial). Dante era un mentiroso.

ALEJANDRO. ¿Por qué?

EL POETA. Ya te enterarás. Ni Virgilio, ni Beatriz, ni Paólo, ni Francesca. Nadie. Nada. Un engaño. De pronto se abre una puerta —o tú crees que sa abre una puerta— y cuando das el el paso...

ALEJANDRO. ¿Qué?

PROSPERO. Nada.

EL POETA. Nada. (Reparando por primera vez en Próspero). Amigo, usted me recuerda a Próspero de Merimée.

PROSPERO. Mi apellido es Pérez. Próspero Pérez para servirte una vez más.

EL POETA. ¿Me conoces?

PROSPERO. ¿Quién no te conoce?

EL POETA. No se esfuerce: la vanidad se deshizo también. ¿Es usted poeta?

PROSPERO. No, mago. Aunque quizá sea lo mismo.

EL POETA. ¡Mago! ¿Cómo Merlín?

PROSPERO. ¡Mejor! Yo nunca sería encantado por el hada Viviana. ¿Quieres una demostración?

EL POETA. Al contrario. Prefiero que las cosas queden sin demostrar.

PROSPERO. Deja los caprichos y busca en tus bolsillos.

(Divertido, El Poeta busca en sus bolsillos).

EL POETA. Nada. Nunca hay nada en mis bolsillos.

(Próspero toca con el bastón el bolsillo de la chaqueta de El Poeta).

PROSPERO. ¿Y ahora?

EL POETA. (Sacando un nenúfar de su bolsillo) ¡Este nenúfar! ¡Cuántos recuerdos!

PROSPERO. Floreció en un estanque de la casa de los Borrero. Lo arrancaste para Juana.

EL POETA. ¿Cómo es posible? ¡Hace tantos años...! ¿Será un aviso?

ALEJANDRO. (A Próspero. Con indignación) ¡Basta de mentira! (A El Poeta) No le haga caso.

EL POETA. (Riendo) ¿Y creíste que yo creía?

ALEJANDRO. Tuve miedo.

EL POETA. ¿Por eso tiemblas?

ALEJANDRO. ¡Si usted supiera...!

EL POETA. Yo sé. No es difícil descubrirlo.

ALEJANDRO. ¿Se dio cuenta?

EL POETA. Está escrito en tu frente, como en la mía. Mira mi frente. ¿No lo ves?

ALEJANDRO. Ahí está el problema.

PROSPERO. (A El Poeta) El no sabe si en su frente están las palabras...

EL POETA. (A Alejandro) ¿Y te angustia?

(Alejandro afirma con la cabeza.)

EL POETA. Entonces en tu frente están las palabras.

ALEJANDRO. Yo quiero ser poeta como usted.

EL POETA. Olvida eso. Nadie es como nadie. No se escribe como si se estuviera en el Derby de Epsom. Cada cual ocupa su lugar.

ALEJANDRO. Yo quiero ser un poeta grande o no ser nada.

EL POETA. Vanidad. Lo importante es ser verdadero.

ALEJANDRO. ¿Usted no dijo que Dante era un mentiroso?

EL POETA. Aprende a ser sutil. Dante construyó un camino de mentira para encontrar su verdad.

ALEJANDRO. ¿Y si mi camino es de mentira y me lleva a la mentira?

EL POETA. Nadie podría salvarte.

ALEJANDRO. Ese miedo no me deja dormir.

EL POETA. Perdona. Nada puedo aconsejarte. Siempre hay un momento en que las palabras no sirven.

PROSPERO. (A El Poeta) Alejandro escribió una novela.

ALEJANDRO. Es verdad. Yo escribí una novela, una historia de amor.

PROSPERO. Todos la leímos. Se desarrollaba aquí, en Cuba, a principios del siglo XIX.

ALEJANDRO. Descubrí que esa novela no podía interesarle a nadie.

PROSPERO. ¿Por qué?

ALEJANDRO. No sé bien. El país se estaba desan-

grando, el tirano asesinaba todos los días a jóvenes de mi edad, y yo, en lugar de describir el horror, me había puesto a contar una idílica historia de amor entre personajes idílicos.

EL POETA. ¿Qué quieres que diga? Nada te salva de ese miedo.

ALEJANDRO. ¿Para qué sirve la poesía?

EL POETA. Ahí tienes una pregunta sin respuesta.

PROSPERO. ¿Para qué servían las japonerías de Edmund de Goncourt?

ALEJANDRO. No es lo mismo.

EL POETA. ¿Me permites hacerte una pregunta? En esa historia que escribiste, ¿por qué ocultaste el horror?

(Alejandro no responde.)

PROSPERO. Por miedo

EL POETA. ¿Tenías miedo a lo que pudiera pasarte?

(Alejandro afirma)

EL POETA. Escucha: Hang Tsi redactó una historia donde ocultaba los crímenes del Emperador. Ofendido, este lo mandó a matar. Hang Tsi le preguntó: «¿Por qué quieres matarme si hablé bien de ti?» El Emperador lo miró muy serio. Respondió: «Si hubieras dicho la verdad, te habría ejecutado por odio; como dijiste mentira por miedo, te ejecuto por desprecio».

ALEJANDRO. (Admirado) Yo pienso en usted con envidia.

EL POETA. ¿Por qué?

ALEJANDRO. Usted, por lo menos, sabe.

EL POETA. Nadie sabe. Ni Dante, ni Shakespeare, ni Baudelaire.

ALEJANDRO. ¿Entonces...?

EL POETA. Escribe. El resto es silencio.

ALEJANDRO. Alguien tiene que aclararme.

EL POETA. Tú no quieres aclaración.

PROSPERO. El quiere recompensa.

ALEJANDRO. Y este desvelo, ¿no debe ser pagado?

EL POETA. De todos modos, a Hang Tsi lo iban a ejecutar.

(Se oye una voz de mujer que llama a El Poeta.)

EL POETA. ¡Ah, la marquesa! No me deja reposar en paz.

PROSPERO. Acéptalo. Los griegos lo llaman Ananké.

MARINA. (A El Poeta) Hijo, ¡qué tristeza veo en tus ojos!

EL POETA. ...sé para mí piadosa/ si de mi vida ignorada/ cuando yo duerma en la fosa/ oyes contar una cosa/ que te deje el alma helada.

(Se sigue escuchando la voz que llama a El Poeta).

EL POETA. ¡Aquí estoy, excelencia! ¡Espero por usted!

(Entra un cortejo formado por cuatro negros que cargan una parihuela con el cadáver del Marqués de Campo Florido. Sobre el cadáver, coronas de flores. Una de las coronas cae al suelo sin que nadie parezca advertido. Siguen a los negros, la Marquesa Viuda de Campo Florido y dos negras. La Marquesa viste de negro. Un velo le oculta la cara. El cortejo se detiene en el centro del patio).

LA MARQUESA. Poeta, ¿por qué te ocultas? Eres mi único consuelo.

EL POETA. Perdona la tardanza, Marquesa, necesitaba un poco de paz.

LA MARQUESA. ¿Y yo? ¿Y mi paz? Estoy desesperada, Poeta, desesperada. Eugenia y María Luisa —mis criadas tienen nombres de emperatrices— ya no tienen lágrimas para llorar. Necesitan agua para recobrar sus lágrimas. Nos ha cogido la noche en esta Babilonia de El Caribe. Estamos muertos de hambre. Nos persigue una bandada de auras tiñosas, y, para colmo, unos negritos nos cayeron a pedradas. Me hacías falta poeta. Necesitaba tus trenos para alegrarme.

EL POETA. No se preocupe. Aquí está entre amigos.

PROSPERO. (Haciendo una profunda reverencia). Madame, mis respetos.

LA MARQUESA. ¿Quién eres?

PROSPERO. Próspero, el mago.

LA MARQUESA. Perdóname. No creo en la magia. No hay magia capaz de resucitar a mi esposo.

PROSPERO. La magia todo alcanza.

LA MARQUESA. No te esfuerces. Si lo resucitas, dejo de ser viuda.

MARINA. ¿Quieres descansar?

LA MARQUESA. No puedo, amable señora.

OLGA. ¿Por qué?

LA MARQUESA. Debo terminar la peregrinación.

ALICIA. ¿Hace mucho tiempo que comenzó?

LA MARQUESA. Salí de mis cafetales el primero de abril de 1888.

GARCIA. ¿Ha hecho todo el viaje caminando?

LA MARQUESA. Es lo último que puedo hacer por él. (Señala al Cadáver).

OLGA. Debe estar cansada.

CHEO. Y con los pies hechos tierra.

LAURA. ¿No tiene ampollas?

LA MARQUESA. (A El Poeta) ¿Qué quieren decir?

EL POETA. Se conduelen de su dolor.

LA MARQUESA. (A los otros) Gracias

LUIS. ¿Por qué camina tanto?

LA MARQUESA. No me queda otro remedio. ¡Menos mal que la isla termina en Pinar del Río!

MARINA. Señora Marquesa, permítame una pregunta un tanto... indiscreta.

LA MARQUESA. Le concedo esa gracia.

MARINA. Yo podría entender, haciendo un esfuerzo, que a usted le apasione caminar. Lo que no entiendo es... Dígame: ¿Usted no sabe que existen los cementerios?

LA MARQUESA. (Señala al cadáver) ¿Lo dice por él?

MARINA. Lo digo por él.

LA MARQUESA. Es una historia larga y trágica. Una historia que haría conmover una estatua, que estremecería a las piedras, que haría llorar a los álamos... (Pausa breve) Yo soy una mujer fatal. Como dicen los versos de este desdichado: «Yo soy como una choza solitaria que el viento huracanado desmorona».

PROSPERO. Excelencia, continúe usted su peregrinación. Yo a él se lo desaparezco.

LA MARQUESA. No! ¡Eso nunca! ¡El debe ir conmigo!

ALICIA. ¿Por qué ese capricho?

LA MARQUESA. Capricho no, necesidad.

LAURA. (Suspirando) ¡Debió amarlo con todo el alma!

LA MARQUESA. (Sorprendida) ¿Amar? ¿A quién?

LAURA. (Señala al Cadáver) A él.

LA MARQUESA. ¡Lo odié con mis entrañas!

OLGA. ¿Y cómo es que anda con él de un lado para otro?

LA MARQUESA. Por eso mismo, porque lo odio, porque aún después de muerto sigo odiándolo. Mientras yo viva, su cadáver no reposará. El descanso eterno no le será concedido. Al menos mientras yo aliente por estos caminos.

LUIS. ¿Era su esposo?

LA MARQUESA. Ante Dios y los hombres.

CHEO. ¿Por qué lo odiaba?

LA MARQUESA. Ya lo dije: una historia triste. (Pausa breve) Yo fui muda y esclava.

CARLOS. ¿Muda?

ALEJANDRO. ¿Esclava?

LA MARQUESA. Tuve una infancia feliz. Fui una niña mimada. Muy pobre. Mis padres eran muy pobres. Vivíamos a orillas del Cauto. Allí mi padre tenía un conuco. Fui feliz porque fui libre. Crecí al sol, cazando mariposas y cortando flores. No me importaba que el piso de mi casa fuera de tierra: yo no sabía que existía el mármol de Carrara. Crecí con la idea de que la vida era un daguerrotipo, algo inmutable.

PROSPERO. Entonces hubo un cambio en su vida.

LA MARQUESA. Un cambio del que prefiero no hablar.

EL CADAVER. ¡Haces bien en callarte!

LA MARQUESA. Por suerte ya no puedes impedírmelo.

EL CADAVER. No te ilusiones: siempre estaré junto a ti, vigilando lo que dices y haces.

LA MARQUESA. Tus ojos están secos y tus orejas se pudren. Eres un cadáver sin remedio. ¡Cuando aprenderás que todo en la vida pasa, hasta el poder que tenías sobre mí!

EL CADAVER. Hay cosas que permanecen para siempre.

LA MARQUESA. Además de cadáver, eres imbécil. Echaste a perder mi vida, pero ahora yo voy a echar a perder tu muerte. ¿Te olvidaste de que existía la posteridad? Fui muda durante quince años; ahora voy a hablar hasta la consumación de los siglos.

EL CADAVER. Siempre fuiste romántica. ¿Cuándo vas a poner los pies en la tierra?

LA MARQUESA. Y tú siempre pensaste que libertad era sinónimo de romanticismo. Yo tengo los pies en la tierra y la mente despejada. Ahora me toca hablar.

EL CADAVER. La historia de mi familia la escribí yo.

LA MARQUESA. Yo voy a escribir un apéndice más grande que tu historia. Recuerda: el que ríe último, ríe mejor.

EL CADAVER. ¿Te has vuelto filósofa?

LA MARQUESA. El tiempo que estuve sin hablar fue pensando. Me veías bordando en la sala de tu casa tan pacífica, tan inocente. Ten siempre miedo de una mujer que cose en silencio. (A los demás) Señores, el ilustre Marqués de Campo Florido, amo y señor de las tierras que mi padre trabajaba, fue tan bondadoso de enamorarse de mí. No tuvo reparos en pedirme en matrimonio. Y mis padres vieron los cielos abiertos. ¡Qué maravilla! ¡De la noche a la mañana la niña se convertía en marquesa!

EL CADAVER. Te llené de joyas y de esclavas.

LA MARQUESA. Me llenaste de cadenas y de espías.

EL CADAVER. Construí un palacio para ti.

LA MARQUESA. Una cárcel.

EL CADAVER. Gracias a mi conociste Europa.

LA MARQUESA. Y también el odio y la soledad y el rencor. (Otro tono) Yo soñaba con el Cauto y las flores de mi niñez mientras me paseaba por los lagos de Suiza. Yo no quería riquezas, yo quería libertad. Pensar y decir lo que me daba la gana. Hablar y que me oyeran. Yo quería un hombre que creyera en mí y caminara al lado mío, no un gendarme que lo decidiera todo por mí.

PROSPERO. ¿Por eso lo mató?

LA MARQUESA. Tenía que matarlo. No por mí. Yo no tendré paz el resto de mi vida, sino por los demás, por mis hijos, mis nietos. (Al cadáver) Matarte fue un acto de generosidad con la vida.

EUGENIA. Basta ya, señora, esa discusión le hace daño.

MARIA LUISA. ¿Usted no cree debemos continuar el viaje?

LA MARQUESA. Tienen razón, ángeles míos, es necesario seguir. Que el muerto no encuentre ni un minuto de reposo (A los negros) ¡Muchachos, arriba, adelante! ¡Que se pudra sin paz! ¡Que la eternidad sea para él lo que fue la vida para mí: un desasosiego! (Llama) ¡Poeta!

EL POETA. Estoy a su lado, Marquesa.

LA MARQUESA. ¿Tú también amas la libertad? Vamos, alíviamos con tus cantos. (A los demás) ¡Queden en paz, amigos! (A los esclavos) ¡Adelante! ¡Continuemos! ¡Si no hay infierno, yo lo invento!

(El cortejo sale. Próspero toma la corona mortuoria que había caído a la entrada del cortejo. Sonríe. Muestra la cinta).

PROSPERO. Lean lo que dice.

(Todos la leen. Hay un silencio penoso. Miran furtivamente a García y luego desvían la mirada apenados.)

ALICIA. No te preocupes, papá, es un juego.

CARLOS. No hay que tomarlo en serio, papá. Otro acto de magia.

GARCIA. ¿Por qué yo? ¿Por qué mi nombre en una corona mortuoria?

CHEO. Viejo, no me diga que lo va a tomar en serio.

OLGA. Lo mismo podía ser mi nombre, o el de Alicia. Son cosas de Próspero.

LUIS. Mire, suegro, hágase la idea de que estamos en una obra de teatro.

MARINA. Todo mentira.

LAURA. ¿Usted no ha ido a los espectáculos del Alhambra?

ALEJANDRO. Mentira, viejo, como en las malas novelas.

PROSPERO. (Severo) No, no es mentira.

GARCIA. En esa cinta está mi nombre. Mi opinión es que... (No sabe que decir y se encoge de hombros).

PROSPERO. Algo tendrá que suceder.

( Próspero abre el arcón para hacer desaparecer la corona. Aparece El Enmascarado ).

PROSPERO. ¡Otra vez tú!

EL ENMASCARADO. ¡Ayúdame!

PROSPERO. Repito; no puedo hacer nada por ti.

EL ENMASCARADO. Sólo es la máscara, esta maldita máscara. Necesito la ayuda de alguien.

PROSPERO. Hazlo tú.

EL ENMASCARADO. (Ofendido) Está bien, no me ayude.

(El Enmascarado entra en el arcón y lo cierra. Próspero realiza una ceremonia sobre él y lo vuelve a abrir. Aparece Carmen que trae un reloj de arena).

CARMEN. ¿Por qué me despertaron? ¡Soñaba cosas tan lindas...!

PROSPERO. Ya es hora. Tenías que despertar. Alguien te necesita.

MARINA. (Furiosa) ¿Qué haces aquí otra vez?

CARMEN. No te disgustes, hermanita.

PROSPERO. (A Marina) No viene a echarte nada en cara.

MARINA. ¡No quería verte más!

CARMEN. No me odies. Es mejor una fealdad real que una belleza imaginaria.

PROSPERO. Yo opino lo contrario.

MARINA. (A Carmen) ¡Aprendiste a hacer frases!

CARMEN. Aprendí muchas cosas.

MARINA. ¿Por ejemplo?

CARMEN. No te apures.

PROSPERO. Todo a su debido tiempo.

MARINA. ¡Esfúmate! Cada vez que te veo me siento más jorobada y con el labio más leporino.

PROSPERO. (A Carmen) No la oigas. Tú a lo tuyo.

CARMEN. ¿Quién es García?

GARCIA. Aquí no hay ningún García.

CARMEN. (Sonriendo) ¿Cuál es su apellido?

GARCIA. García.

CARMEN. (Le tiende el reloj) Para usted.

GARCIA. ¿Lo puedo virar?

PROSPERO. Daría lo mismo.

GARCIA. ¿Para qué me sirve?

CARMEN. Para nada. ¿Me acompaña?

GARCIA. ¿Puede esperar un momento?

PROSPERO. No.

CARMEN. No hay tiempo.

GARCIA. Me gustaría recordar algunas cosas, mirar dos o tres fotografías, guardar algunas cartas...

CARMEN. ¿Para qué?

GARCIA. (No sabe qué decir y se encoge de hombros) Uno siempre tiene la necesidad de ordenarlo todo.

CARMEN. Yo no lo entiendo.

PROSPERO. Eso es perder el tiempo.

GARCIA. Para algo es el tiempo, ¿no?

PROSPERO. Cuando se tiene.

CARMEN. Ahora no hay tiempo que perder.

GARCIA. Además de hermosa, es usted inteligente.

CARMEN. No es inteligencia: siempre oigo las mismas palabras.

GARCIA. ¿Usted cree que haga falta una bufanda?

CARMEN. Si quiere...

GARCIA. ¿No hará frío?

CARMEN. Hay un tiempo maravilloso. No hace frío ni calor.

GARCIA. Al menos debería ponerme una guayabera. Pienso que el hombre debe estar presentable.

CARMEN. Pienso lo mismo.

GARCIA. Estoy cansado.

PROSPERO. Tendrás tiempo de descansar.

CARMEN. Ahora daremos un paseo.

(García se cambia la camisa por una guayabera de hilo que Alicia le alcanza. Calza zapatos de dos tonos. Carlos arregla el filo del pantalón de su padre. Marina le alcanza una flor. Luis le pone un sombrero de pajilla).

GARCIA. Yo nunca tuve deseos de descansar. Había veces que me pasaba la noche en un baile. Hasta el amanecer. Y de ahí, sin pasar por la casa, me iba para el trabajo, una zapatería que estaba en Concha y Luyanó. Y me pasaba el día trabajando.

PROSPERO. Y por la noche, para otro baile.

GARCIA. ¡Aquellos bailes de La Tropical! ¡Hasta el amanecer! Yo nunca tuve deseos de descansar. Yo creía que si me dormía, iba a perderme algo: el olor de las panaderías, el bullicio de Luyanó, el sabor de la piña, el aire fresco de la tarde después de la lluvia... No, yo nunca tuve deseos de descansar. Tenía la impresión de que si me dormía, me iba a perder algo importante. Me hubiera gustado ir a un baile que no terminara nunca. Pero es imposible, ¿verdad?

PROSPERO. No existen bailes así.

GARCIA. Ahora tengo deseos de dormir.

CARMEN. Vamos. Será un lindo paseo.

PROSPERO. Vete. Te gustará.

GARCIA. Del brazo de una mujer hermosa voy al fin del mundo. ¿Es muy lejos?

CARMEN. Ni cerca, ni lejos.

GARCIA. Yo soy un hombre fiestero, ¿sabe? Me gusta el danzón. ¿Usted conoce el trío Matamoros? ¿Conoce eso que dice...? (Canta) Aunque ya han muerto todas mis ilusiones...

(Carmen abre el arca de Próspero).

CARMEN. (Canta con él) ... en vez de maldecirte con dulce encono, en mis sueños te colmo, en mis sueños te colmo de bendiciones.

(Entran al arcón. Desaparecen).

PROSPERO. ¡Adiós!

ALICIA. (Conmovida) ¡Papá!

CARLOS. (Conmovido) ¡Papá!

PROSPERO. (Con burla) ¡Díganle adiós!

ALICIA. (A Próspero. Asustada) ¿Fue muy lejos?

PROSPERO. No hay respuesta para esa pregunta.

MARINA. ¿Regresa?

PROSPERO. (Con falsa compunción) ¡No!

CARLOS. Deja el juego. ¿Dónde lo escondiste?

PROSPERO. No lo escondí. Se fue. Todos tenemos que irnos. (A Cheo) ¿Es muy tarde?

CHEO. Ahorita amanece.

(Próspero se quita el sombrero y la capa. Deposita el bastón sobre el arca. Con un pañuelo se quita el sudor de la frente.)

LUIS. (A Próspero) ¿Qué estás haciendo?

PROSPERO. Guardar mis cosas. Pronto tendremos que irnos.

LAURA. No. No nos iremos todavía.

CHEO. Ahora no es el momento.

OLGA. (A Próspero) Los relojes se detuvieron. Confiamos en ti, vamos a esperar.

PROSPERO. ¿Esperar qué? Se nos hace tarde.

MARINA. No importa el tiempo. Yo estoy esperando.

CARLOS. Yo también.

ALICIA. Sólo la espera me mantiene despierta.

LUIS. Es lo único que me queda, Próspero, esperar por ti.

ALEJANDRO. Todos esperamos por ti.

LAURA. ¿Te das cuenta? No nos iremos todavía.

OLGA. Llegó el momento. No puedes defraudarnos.

PROSPERO. Están cansados. La noche provoca alucinaciones. ¿Por qué no van a descansar?

MARINA. Nadie va a descansar.

ALICIA. Nadie. La solución está en tus manos.

CARLOS. (A Próspero) ¡Solución! ¿Oíste?

ALEJANDRO. Solución, satisfacción, desenlace.

CHEO. (A Próspero) Es fácil. Has demostrado poder.

OLGA. ¡Un golpe de bastón...!

LUIS. ¡... y todo queda solucionado!

LAURA. Sólo tienes que levantar la capa.

ALEJANDRO. Usar el sombrero, decir unas palabras.

ALICIA. Abrir el arcón.

MARINA. (Cayendo de rodillas) Por favor, tócame. Pasa tus manos por mi cuerpo. Devuélveme hermosa. Sin joroba, sin labio leporino.

OLGA. (Cayendo de rodillas) Pon tu mano en mi garganta. Dame la voz potente que siempre quise.

CARLOS. (Cayendo de rodillas) Haz que esa mujer me ame. Haz que sea mía y me convertiré en tu esclavo.

ALEJANDRO. (Cayendo de rodillas) Pon en mis manos la fuerza para escribir un libro prodigioso.

ALICIA. (Cayendo de rodillas) Tú puedes darme a mi niña.

LUIS. (Cayendo de rodillas) Tú puedes llevarme al Mar del Japón.

LAURA. (Cayendo de rodillas) Tú puedes calmar mi soledad.

CHEO. (Cayendo de rodillas) Tú puedes hacer de mí lo que no soy y siempre quise.

( Próspero sonríe. Va tocando, como un dios, la cabeza de todos.)

PROSPERO. Pobres míos. Desamparados. La fe mueve montañas.

( Próspero vuelve a ponerse el sombrero, juega con la capa y el bastón, a modo de ritual, alrededor del arca. Se inclina en una reverencia. Abre el arca y saca el espejo: se lo da a Marina. Saca la muñeca y se la da a Alicia. Saca el collar y se lo da a Cheo. Saca el tocado de plumas y se lo da a Olga. Saca un pañuelo y se lo da a Carlos. Hay un silencio. Próspero se desalienta, se quita el sombrero.)

PROSPERO. (Desalentado) No puedo. Mi poder no llega tan lejos.

MARINA. Dijiste que todo se lograba con la magia de tu bastón.

PROSPERO. Fue un juego, una broma.

OLGA. Creemos en ti, Próspero, no nos defraudes.

PROSPERO. La creencia nunca debe ser ciega.

CARLOS. Nos llenaste de ilusión.

PROSPERO. Ilusión viene de iluso.

ALEJANDRO. Y también de esperanza.

PROSPERO. Y lo contrario es desilusión.

ALICIA. No nos abandones ahora. Te necesitamos.

PROSPERO. No los abandono. Nunca he estado.

LUIS. Sólo tú puedes salvarnos.

PROSPERO. Y a mí, ¿quién me salva?

LAURA. Dijiste que todo estaba en tu arca.

PROSPERO. Pura emotividad verbal.

CHEO. Lo quieras o no, ahora vamos a usar tu poder.

(Cheo se pone de pie. Los otros lo siguen. Hay en todos una actitud amenazante.)

PROSPERO. Ya lo vieron: hice lo que pude.

OLGA. Usa la magia.

ALEJANDRO. ¡Usa tu arte!

PROSPERO. ¿Qué magia? ¿Qué arte?

LUIS. ¡Tu poder! ¡El supremo poder de que hablabas!

PROSPERO. (Muy humilde) Ya lo dije: fue un juego.

CHEO. Ahora el juego debe llegar hasta el fin.

PROSPERO. Este es el fin.

ALICIA. No hay fin hasta que no aparezca lo que pedimos.

PROSPERO. No puedo. No soy mago. No hay ninguna magia.

LAURA. ¿Y cómo hiciste para hacernos creer en ti?

CARLOS. ¿Cómo lograste que todo apareciera?

PROSPERO. No me pregunten. Yo no sé.

ALEJANDRO. Todo era real.

OLGA. Yo vi el collar. La vi a ella.

MARINA. Y el espejo. Carmen. Mi rencor.

LAURA. La corona de azahares.

ALEJANDRO. El libro, el poeta.

ALICIA. La muñeca.

CARLOS. El pañuelo.

PROSPERO. Fantasía. No había nadie. No había nada. Nunca fui mago. Nunca pude serlo. Una vez quise. Di clases con un viejo que vivía en Empedrado. Pero no serví. Era torpe. Los conejos se me ahogaban en el sombrero. Las palomas no salían volando. Las barajas se me caían de las manos. El arcón estuvo siempre vacío. No hubo nada. Hoy tampoco hubo nada.

CHEO. Te conocemos. Quieres engañarnos otra vez.

PROSPERO. Ustedes vieron lo que querían.

LAURA. Te quieres burlar de nosotros.

MARINA. Eres un gran mago. Lo sé. Estás mintiendo.

LUIS. No vamos a caer en su trampa.

ALEJANDRO. Sé generoso. Nadie se enterará.

ALICIA. Haznos felices. Seremos fieles a ti.

PROSPERO. Les juro por lo más grande que yo soy un mago de pacotilla.

MARINA. No soy tan bruta como tan fea: estás tomándonos el pelo.

CARLOS. Ya sabemos quién eres y cuánto puedes. No hay manera de echarse atrás.

PROSPERO. Les juro que cuando trabajé en el circo tuvieron que botarme. Ningún acto de magia me salía bien. El público me chillaba.

OLGA. ¡No jures!

ALICIA. ¡No te creemos!

CHEO. (Sacando un cuchillo) ¿Ves? Podría ser un cuchillo mágico. Un gesto, y cualquier hombre tendría que despedirse de la vida.

PROSPERO. (Asustado) ¿Lo usarías contra mí?

CHEO. No tengo sentido del humor. Me molestan las bromas.

PROSPERO. El hombre debe reír.

CARLOS. Una cosa es la risa, otra la burla.

PROSPERO. No me burlo de nadie.

CHEO. No voy a discutir. O nos complaces, o adiós Mago Próspero.

OLGA. Conozco a Cheo. Es capaz de todo. Abre el arca y danos lo que pedimos. Te lo aconsejo.

LUIS. ¡Te conviene! ¡Yo también soy capaz de cualquier cosa!

ALEJANDRO. Y yo. Con las personas no se juega.

PROSPERO. Está bien, voy a tratar.

(Próspero va al arcón. Pone una mano sobre él y cierra los ojos como si se concentrase. Luego lo abre. Aparece El Enmascarado.)

PROSPERO. (Con ira) No es a ti a quien quiero.

EL ENMASCARADO. Soy yo quien aparece.

PROSPERO. ¡Piérdete de mi vista!

EL ENMASCARADO. (Saliendo del arcón) No. Ayúdame. Necesito tu ayuda.

PROSPERO. Te lo he dicho mil veces: ¡No puedo!

EL ENMASCARADO. Eres un mago. Los magos pueden.

PROSPERO. No soy mago. No puedo.

ALICIA. Basta, Próspero, no pierdas el tiempo.

OLGA. Te doy un minuto.

(Próspero vuelve a cerrar el arcón. Repite la operación de concentrarse. Cuando lo abre, aparecen Graziella, Montalvo y José Conrado.)

GRAZIELLA. Buenas noches, buenas noches.

JOSE CONRADO. Yo debo estar mañana en Pekín.

PROSPERO. ¡Nadie los llamó! ¡Vuelvan a entrar! ¡Desaparezcan!

GRAZIELLA. (Ofendida) ¡Un momento! Si queremos.

JOSE CONRADO. Ese tono no me gusta, señor. Le aconsejo dulcificarlo.

PROSPERO. Perdonen. Hay cosas importantes que debo encontrar.

GRAZIELLA. ¿Más importantes que yo?

PROSPERO. Sí.

JOSE CONRADO. Señor, me parece que está ofendiendo a la señora.

GRAZIELLA. ¿Qué te parece, José Conrado? ¿Nos quedamos?

JOSE CONRADO. Nos quedamos.

(Salen del arca.)

CHEO. (Amenazando a Próspero con el cuchillo) ¡Concéntrate en lo tuyo!

(Próspero vuelve a cerrar el arcón. Cierra los ojos. Se concentra. Cuando abre, aparece la Marquesa.)

LA MARQUESA. ¿Quién me saca de mi calvario?

PROSPERO. Nadie, excelencia, nadie.

LA MARQUESA. ¿Cómo nadie? ¿Y qué hago aquí?

PROSPERO. No sé. En la vida se saben muy pocas cosas.

LA MARQUESA. ¡Sofista! La palabrería conmigo no funciona. Mi cadáver y yo estábamos por los campos de Artemisa. De pronto, cierro los ojos, una fuerza me arrastra. Pierdo la conciencia de mí misma y aparezco aquí.

MARINA. (Señalando a Próspero) Fue él, señora Marquesa, él la llamó y ahora quiere hacerse el mosquito muerta.

LAURA. (Señalando a Próspero) Fue él. Es un embustero.

LA MARQUESA. ¡Detesto el embuste! (Sale del arca) ¡Habría que castigarlo! Los falsarios de todo género están en el arca del Círculo Octavo, canto vigésimonono, según la traducción de Bartolomé Mitre. Ya ustedes saben: si el infierno no existe, yo lo invento.

OLGA. Estoy de acuerdo: un buen castigo, pero antes, que nos dé lo que necesitamos.

CHEO. Cuando tengamos todo, lo desapareceremos a él.

GRAZIELLA. Un momento. Explíquenme. (Se dirige a Carlos) Cuéntame tú, belleza, ¿qué fue lo que pasó?

CARLOS. (Señala a Próspero) Este hombre. Nos prometió villas y castillas. Y no cumplió.

PROSPERO. Yo no prometí nada.

ALICIA. ¡Cállate, mentiroso!

GRAZIELLA. (A Próspero) Yo te conozco. Acostumbra a prometer y prometer... Y al final:.. Nada.

JOSE CONRADO. Es cierto. El tiene esa maña. Te ilusiona para que termines con las manos vacías.

EL ENMASCARADO. A mí me consta: no le gusta ayudar.

ALEJANDRO. ¡Ya lo conocemos!

LAURA. ¡Lo conocemos muy bien!

MARINA. Se ha pasado todo el tiempo jugando con nosotros.

LUIS. Y por supuesto: no vamos a permitirlo más.

GRAZIELLA. ¡Con nosotros también jugó!

PROSPERO. Yo no hice nada. Ustedes vieron lo que querían ver.

MARINA. Ahora resulta que fue un espejismo.

PROSPERO. Eso. Espejismo. El hombre ve los fantasmas que él mismo alimenta.

OLGA. ¡Bonita frase!

ALEJANDRO. Para un libro de aforismos.

CHEO. Tus frasecitas no nos conmueven.

PROSPERO. Yo hice lo que ustedes querían.

CARLOS. (Con ira. Arrebatando el cuchillo a Cheo. Amenazando a Próspero.) ¡Basta de palabras! ¡Busca en el arca. Rápido!

(Próspero coloca las dos manos sobre el arcón. Cierra los ojos desesperado. Hay unos segundos de total silencio. Todos están pendientes de los movimientos de Próspero, quien realiza un ritual antes de abrir el arcón. Cuando termina, el arcón está vacío.)

CARLOS. Ha llegado tu hora.

(Un grito de aprobación unánime sigue a las palabras de Carlos. Todos le piden que lo mate.)

LA MARQUESA. ¡No lo mates!

ALICIA. ¡Hay que hacerlo!

OLGA. ¡Merece la muerte!

LA MARQUESA. Primero, un castigo. Después...

GRAZIELLA. ¡Enciérrenlo en el arca!

(Aprueban. Los hombres toman a Próspero — que trata de resistir — por brazos y piernas. Lo encierran en el arcón.)

LAURA. ¡Ciérrenlo bien!

MARINA. ¡Que no salga nunca!

ALEJANDRO. ¡Nunca más!

EL ENMASCARADO. ¡Tengo una idea!

LA MARQUESA. ¡Díla!

CHEO. ¡Habla rápido!

EL ENMASCARADO. ¡Echemos el arcón a la bahía!

JOSE CONRADO. Sí. Que el mar se lo trague.

(Conformidad general con la idea. Los hombres levantan el arcón. Se forma un cortejo.)

LA MARQUESA. (Solemne) Moraleja: nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar.

GRAZIELLA. ¡Ha llegado la hora del castigo!

MARINA. ¡Que el demonio reciba al infame!

OLGA. ¡Adelante, cruzados de la fe!

ALEJANDRO. ¡Bendita sea la justicia!

(Se oyen seis campanadas. Es el amanecer. Quedan inmóviles. Escuchan las campanadas.)

CHEO. Las seis.

OLGA. Amanece.

LUIS. Hora de abandonar esta casa.

(Bajan el arcón. Próspero sale.)

PROSPERO. ¿Qué pasó? ¿No iban a castigarme?

MARINA. (A Próspero) Ya son las seis. Tenemos que irnos.

LAURA. ¿No sería mejor un poco más tarde?

ALICIA. No te pongas triste, Laura.

CARLOS. Todo lo que sucede conviene.

ALEJANDRO. ¡Otro cielo, otro mar, otro horizonte!

LUIS. ¿Cambiar será lo mismo que no cambiar?

MARINA. ¡Tú haces cada preguntas! Destino es cambio.

CHEO. ¡Vamos, vamos! Tienen toda la vida para filosofías. Ahora no hay tiempo que perder.

(Comienzan a cargar cajas, baúles, maletas).

GRAZIELLA. ¿Podemos ayudar?

LAURA. Por supuesto.

LA MARQUESA. Si llego a saberlo, traigo a mis criados y a mi muerto.

JOSE CONRADO. No hacen falta criados. Con nosotros es suficiente.

(Graziella, El Enmascarado, José Conrado y La Marquesa también cargan. Salen todos del patio. Los amantes, que han abandonado la cama al oír las campanadas, bajan al centro del patio.)

LA AMANTE. Es de día.

EL AMANTE. Tenemos que irnos.

LA AMANTE. ¿Soñé o estaba despierta?

EL AMANTE. Las dos cosas.

LA AMANTE. Gracias.

EL AMANTE. Reserva el agradecimiento para mañana.

LA AMANTE. ¿Por qué?

EL AMANTE. Cada día habrá un misterio más.

LA AMANTE. ¡Me encantan tus misterios!

EL AMANTE. ¿Sabes como llamo a ese encantamiento?

LA AMANTE. Deja. No digas el nombre.

EL AMANTE. ¿Deseas algo?

LA AMANTE. Estar a tu lado. Eso es todo.

EL AMANTE. Entonces, vamos.

LA AMANTE. ¿Sin llevar nada?

EL AMANTE. Me parece que no hará falta.

(Salen. Entra El Enmascarado.)

EL ENMASCARADO. Por favor, ¿alguien podría ayudarme? Es importante. Yo quisiera... yo necesito quitarme la máscara. ¿Nadie? ¿No hay nadie que pueda ayudarme? (Pausa breve) Está bien. Lo haré yo.

(El Enmascarado se arranca la máscara. Apagón.)

